

Liahona



**En casa con el
matrimonio Hinckley,
página 32.**

**Creer en el lema de
las Mujeres Jóvenes,
página 42.**

**La luz del mundo,
página A6.**

Liahona



EN LA CUBIERTA
Fotografías por Craig Dimond.



CUBIERTA DE AMIGOS
Fotografía por John Luke, tomada con modelos.



VÉASE "LA BUFANDA ROJA",
PÁGINA 18

SECCIÓN GENERAL

- 2 Mensaje de la Primera Presidencia: Pensamientos inspiradores
Presidente Gordon B. Hinckley
- 10 Todo tiene su tiempo *Élder Dallin H. Oaks*
- 18 La bufanda roja *Hripsime Zatikyan Wright*
- 25 Mensaje de las maestras visitantes: Preparémonos para comparecer
ante Dios
- 26 Parábolas de Jesús: El siervo inútil *Élder W. Rolfe Kerr*
- 32 En casa con el matrimonio Hinckley
- 38 Voces de los Santos de los Últimos Días
Una canción para Ryan *Luana Lish*
Algo más que otro negocio *Yolanda Zayas*
Fui guiada a la Iglesia *Yadamsuren Munkbtuya*
- 48 Cómo utilizar la revista *Liahona* de octubre de 2003

SECCIÓN PARA LOS JÓVENES

- 6 El poder para quedarse *Élder H. Ross Workman*
- 22 Preguntas y respuestas: ¿Cuál es la mejor forma de prepararme para
recibir el Sacerdocio de Melquisedec?
- 30 Aquel libro *Suwit Saisam-Ang*
- 42 Somos hijas de un Padre Celestial que nos ama *Susan W. Tanner*
- 47 ¿Sabías que...?

AMIGOS

- 2 Ven y escucha la voz de un profeta: La pequeña locomotora
que sí pudo *Presidente James E. Faust*
- 4 Tarjetas de los templos
- 6 Tiempo para compartir: La Luz de Cristo
Vicki F. Matsumori
- 8 Relatos del Nuevo Testamento: Pablo
y Silas en prisión; Pablo obedece
al Espíritu Santo
- 12 Canción: De la mano y desde
toda nación
Janice Kapp Perry
- 14 Quiero ver al profeta
Sara V. Olds

VÉASE "PENSAMIENTOS
INSPIRADORES",
PÁGINA 2



LIAHONA, octubre de 2003
Vol. 27, Número 10 23990-002
Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en el idioma español.

La Primera Presidencia: Gordon B. Hinckley,
Thomas S. Monson, James E. Faust

El Quórum de los Doce Apóstoles:

Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell,
Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard,
Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott, Robert D. Hales,
Jeffrey R. Holland, Henry B. Eyring

Editor: Dennis B. Neuenschwander

Asesores: Monte J. Brough, J. Kent Jolley, W. Rolfe Kerr,
Stephen A. West

Director administrativo: David L. Frischknecht

Director de redacción: Victor D. Cave

Director de artes gráficas: Allan R. Loyborg

Editor administrativo: Richard M. Romney

Editores administrativos ayudantes: Marvin K. Gardner,
Vivian Paulsen, Don L. Searle

Personal de redacción: Collette Nebeker Aune, Susan Barrett,
Ryan Carr, Linda Stahle Cooper, LaRene Porter Gaunt, Shanna Ghaznavi, Jenifer L. Greenwood, Lisa Ann Jackson, Carrie Kasten, Melvin Leavitt, Sally J. Odekirk, Adam C. Olson,
Judith M. Paller, Jonathan H. Stephenson, Rebecca M. Taylor,
Roger Terry, Janet Thomas, Paul VanDenBerghe, Julie Wardell,
Kimberly Webb, Monica Weeks

Director ejecutivo de arte: M. M. Kawasaki

Directores de arte: J. Scott Knudsen, Scott Van Kampen

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Personal de diseño y de producción: Kelli Allen-Prait,
Fay P. Andrus, C. Kimball Bott, Howard Brown, Thomas S.
Child, Reginald J. Christensen, Brent Christion, Kerry Lynn C.
Herrin, Kathleen Howard, Denise Kirby, Tadd R. Peterson,
Randall J. Pixton, Mark W. Robison, Brad Teare, Kari A. Todd,
Claudia E. Warner

Gerente de mercadotecnia: Larry Hiller

Director de impresión: Craig K. Sedgwick

Director de distribución: Kris T Christensen

Coordinación de Liabona: Enrique Resek

Para saber el costo de la revista y cómo suscribirse a ella fuera de Estados Unidos y Canadá, póngase en contacto con el Centro de Distribución local o con el líder del barrio o de la rama.

Los manuscritos y preguntas deben enviarse a *Liabona*, Room 2420, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-3220, USA; o por correo electrónico a: cur-liabona-imag@ldschurch.org

Liabona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, búlgaro, camboyano, cebuano, coreano, croata, checo, chino, danés, esloveno, español, estonio, fidji, finlandés, francés, haitiano, holandés, húngaro, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribatí, letón, lituano, malgache, marshallés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sinhala, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tamil, telugu, tongano, ucraniano, y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2003 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liabona"® es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For readers in the United States and Canada:

October 2003 Vol. 27 No. 10. LIAHONA (USPS 31 1-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$16.00 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah, and at additional mailing offices. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address must be included. Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #40017431)

POSTMASTER: Send address changes to Salt Lake Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368.

COMENTARIOS



DISFRUTÉ DE UN ARTÍCULO MISIONAL

Tengo 12 años y hace poco menos de un año que soy miembro de la Iglesia. Me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento por la revista *Liabona*. Me gustan todas las secciones porque nos ayudan en nuestra vida diaria y nos enseñan más sobre el Evangelio. En especial me gustó el artículo "Es tu llamamiento", del ejemplar de octubre de 2001, pues en él se describe cada paso que debemos dar para ser misioneros. Gracias por la revista *Liabona* y la sección *Amigos*; las dos son fieles compañeras en el Evangelio.

*Luis Eduardo Haro Bustos,
Rama Puerto Natales,
Estaca Punta Arenas, Chile*

EL GOZO DE COMPARTIR EL TESTIMONIO

La revista *Liabona* me produce un gran placer y deleite. El Salvador prometió: "...recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos" (Hechos 1:8). La revista *Liabona* me muestra cómo un testimonio puede realizar milagros, cómo puedo aprender a ser un testigo de Jesucristo paso a paso. El conocer al Señor me da gran gozo y mucho mayor es mi dicha cuando ayudo a otras personas a conocerle. Algo hermoso en los cielos será el gozo de aquellos a quienes hayamos ayudado a conocer al Señor (véase D. y C. 18:16).

*Dimitur Nikolov,
Rama Sliven,
Distrito Plodiv, Bulgaria*

UN TESORO ESPIRITUAL

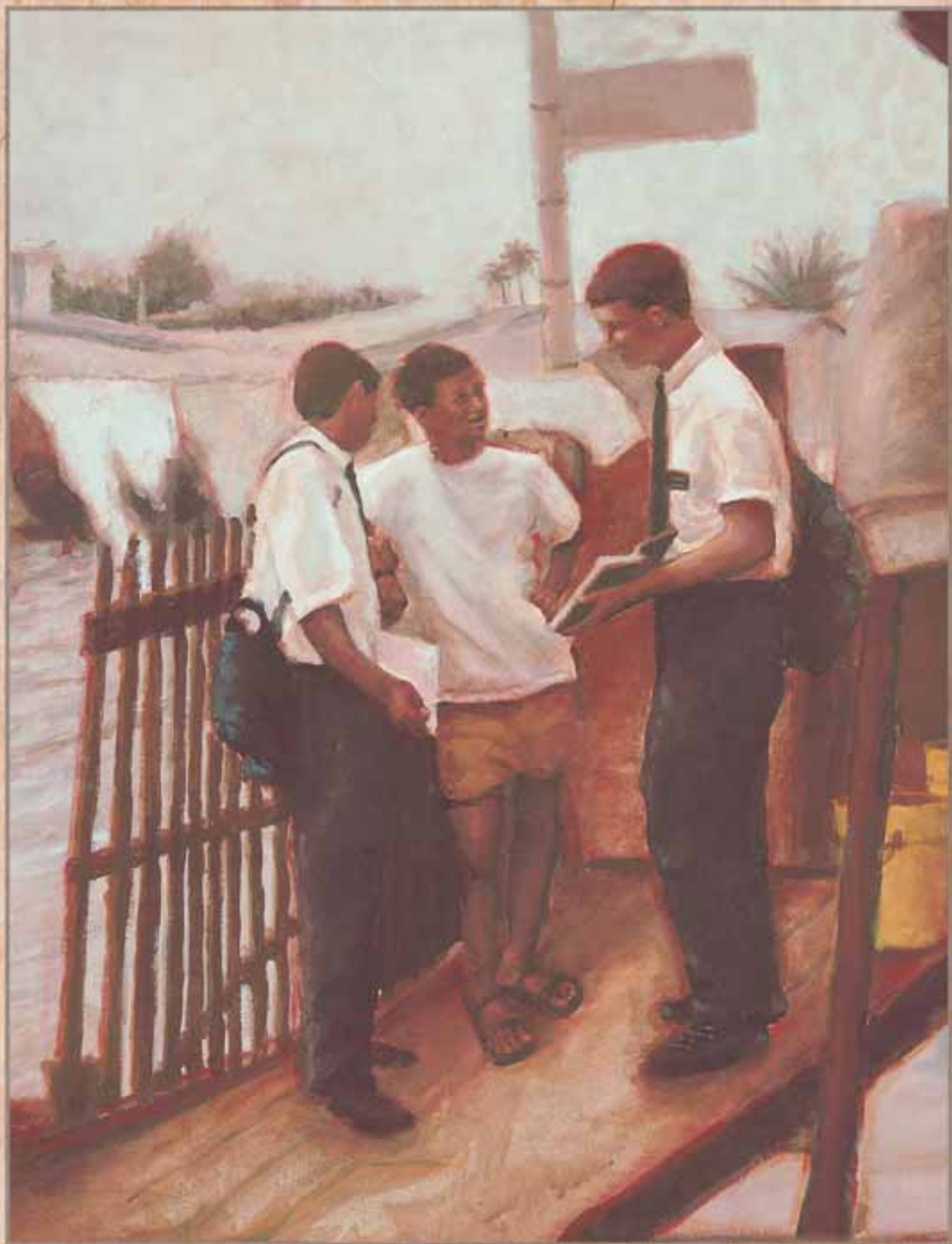
La revista *Liabona* es un tesoro espiritual. Esta maravillosa revista ha bendecido mi vida desde que era joven. Las palabras de los profetas, videntes y reveladores, los valiosos artículos para los jóvenes, así como la tierna e inspiradora sección para los niños han edificado mi vida durante más de 25 años. Estoy agradecido a mis padres por haber tenido esta perla de gran precio en nuestro hogar para que pudiéramos disfrutar de su riqueza. Ahora soy yo el que animo a mis propios hijos a edificar sus almas con su verdad divina.

*Daniel Marcelo Cañoles,
Barrio Cruz del Sur,
Estaca Colón, Talcabuan, Chile*

APRECIA LOS COMENTARIOS DE LAS CARTAS

Me asombra la forma en que el Señor bendice a Su pueblo en los últimos días. He estado suscrito a la revista *Liabona* desde 1987, cuando me bauticé en la Iglesia, y disfruto de la sección Comentarios. Me fortalecen los sentimientos y los testimonios de esta gente maravillosa de todo el mundo. Cuán bendecido soy por ser miembro de la Iglesia del Señor. Me reconforta el saber que esta revista es inspirada por Dios para llegar al corazón de Su pueblo en todo el mundo.

*Victorino F. dela Cruz Jr.,
Barrio Quezón Hill,
Estaca Baguio, Filipinas*



Pensamientos inspiradores

POR EL PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

El proceso misional

“El proceso misional consta de cuatro partes: (1) encontrar al investigador, (2) enseñar al investigador, (3) bautizar al converso digno, (4) hermanar al nuevo miembro... Es importante que dentro de 5, 10 ó 20 años, el hombre o la mujer a quien hayan bautizado sea un miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días activo, fiel, devoto y digno” (reunión misional, Houston, Texas, 20 de septiembre de 1998).

Compartir el Evangelio

“En nombre de los misioneros... quiero suplicar a los santos que hagan todo lo que esté a su alcance por proporcionar referencias [de personas] que tengan interés en aprender más sobre el Evangelio. Serán felices si lo hacen. Todo aquel al que vean unirse a la Iglesia por causa de sus esfuerzos traerá felicidad a sus vidas. Se lo prometo a cada uno de ustedes” (charla fogonera, Pusán, Corea, 21 de mayo de 1996).

Jamás se pueden predecir las consecuencias

“Jamás se pueden predecir las consecuencias de nuestros actos. El hombre, la mujer, el niño o la niña a quien visitan hoy, con quien hablan, a quien dan un Libro de Mormón, pero que tal vez rechace la oportunidad de aprender más sobre el Evangelio, puede más

adelante llegar a tener interés en la Iglesia y unirse a ella... Las vías del Señor son inescrutables y no se sabe en que forma se llegará al corazón de la gente. Nunca se pueden prever las consecuencias de nuestros actos” (reunión misional, Boston, Massachussets, 22 de marzo de 2002).

La conversión

“Es muy importante, mis hermanos y hermanas, estar seguros de que [los miembros recién bautizados] estén convertidos, de que tengan en el corazón una convicción de esta gran obra. No es sólo una cuestión de saberlo intelectualmente, sino de sentirlo en el corazón y de que el Espíritu Santo le conmueva hasta saber que esta obra es verdadera, que realmente José Smith fue un profeta de Dios, que Dios y Jesucristo viven y que se aparecieron al joven José Smith, que el Libro de Mormón es verdadero, que el sacerdocio está aquí con todos sus dones y bendiciones. No puedo hacer suficiente hincapié en esto” (reunión misional, Bogotá, Colombia, 8 de noviembre de 1996).

La Iglesia espera algo de sus miembros

“Esta Iglesia espera algo de sus miembros. Tiene normas elevadas, una doctrina bien asentada y espera que sus miembros presten gran servicio. No se trata de quedarnos



“Esta Iglesia tiene que ver con las personas, no con los números. Ya sea que seamos 6, 10, 12 ó 50 millones, jamás debemos perder de vista el hecho de que la persona es lo realmente importante”.

cruzados de brazos, antes bien esperamos hechos. La gente reacciona favorablemente ante esto. Agradecen la oportunidad de ser útiles y, al hacerlo, aumentan su capacidad, su entendimiento y su preparación para obrar y obrar bien” (entrevista con la televisión austriaca, 6 de noviembre de 2001).

El sentirse bienvenidos

“Debemos procurar que todo aquel que se una a esta Iglesia se sienta bienvenido, se sienta como en casa, tenga amigos y tenga un llamamiento en la Iglesia para que pueda crecer en fe y fidelidad” (reunión, Aruba, 16 de marzo de 2001).

Una palabra de aliento

“Tenemos una grande obligación para con aquellos que se bautizan en la Iglesia; no podemos desatenderlos ni abandonarlos a su suerte. Necesitan ayuda para acostumbrarse a los modos y la cultura de esta Iglesia, y nosotros contamos con la gran bendición y la oportunidad de proporcionarles esa ayuda... Una cálida sonrisa, un amigable apretón de manos y una palabra de aliento obrarán maravillas” (conferencia regional, Ensign/Rose Park, Utah, 28 de febrero de 1999).

Poniendo nuestros brazos a su alrededor

“[Los misioneros] aún tienen la obligación de dar alimento espiritual y ayuda a los que hayan bautizado: de amistarles, escribirles y animarlos; pero ustedes, mis hermanos, como obispos, presidentes de estaca y presidentes

de quórumes de élderes, tienen una responsabilidad aún mayor, la de hermanarlos y de hacerles sentirse cómodos, como en casa, felices. Es imperativo” (conferencia regional, Woods Cross, Utah, 10 de enero de 1998).

Nutrición espiritual constante

“Todo converso necesita un amigo en la Iglesia, alguien allegado a él, que conteste sus preguntas, que cuide de él y que lo anime a seguir asistiendo. Necesita una responsabilidad, algo que hacer, pues sin responsabilidades no se progresa. Debe tener una responsabilidad. Debemos cuidar de aquellos que entran en la Iglesia siendo conversos, ya que precisan nutrición espiritual constante en el Evangelio” (conferencia regional, Woods Cross, Utah, 10 de enero de 1998).

Edifiquen la espiritualidad de la gente

“Si yo fuera obispo o presidente de estaca, ¿qué haría? Creo que intentaría concentrar mis mayores esfuerzos en la edificación de la espiritualidad de la gente. Trabajaría tanto como pudiera para edificar su fe en el Señor Jesucristo, en Dios, nuestro Padre Eterno, en el profeta José Smith y en la restauración de esta obra, en su significado y en su propósito. Animaría a mi gente a leer las Escrituras, a leer el Libro de Mormón y el Nuevo Testamento. Les instaría con todas mis fuerzas a hacerlo callada, detenida e introspectivamente. Les instaría a leer las enseñanzas del profeta José Smith” (conferencia regional, Eugene, Oregón, 14 de septiembre de 1996).

“El proceso misionero consta de cuatro partes: (1) encontrar al investigador, (2) enseñar al investigador, (3) bautizar al converso digno, (4) hermanar al nuevo miembro”.



IDEAS PARA LOS MAESTROS ORIENTADORES

Una vez que se prepare por medio de la oración, comparta este mensaje empleando un método que fomente la participación de las personas a las que enseñe. A continuación se encuentran algunos ejemplos:

1. Consiga seis u ocho piezas chicas de plástico o de madera e invite a los miembros de la familia a construir algo con ellos. Luego pregunte qué elementos básicos podríamos emplear para edificar la espiritualidad personal. Dé a cada uno de los objetos el nombre de una de las sugerencias que da el presidente Hinckley en este mensaje. ¿De qué forma puede cada sugerencia edificar la fe en Jesucristo?

2. Lea las cuatro primeras declaraciones y comenten cómo pueden colaborar los miembros de la familia con los misioneros.

3. Lea “El sentirse bienvenidos” y las tres declaraciones siguientes. Invite a los miembros de la familia a compartir las experiencias que hayan tenido al ayudar a un nuevo miembro. Lea “Acuérdense de la persona” y testifique del amor del Salvador.

Acuérdense de la persona

“Debemos atender a la persona. Cristo siempre habló de las personas. Sanó individualmente al enfermo. En Sus parábolas habló de personas. Esta Iglesia tiene que ver con las personas, no con los números. Ya sea que seamos 6, 10, 12 ó 50 millones, jamás debemos perder de vista el hecho de que la persona es lo verdaderamente importante” (entrevista con *Deseret News*, 25 de febrero de 2000).

Tengo un testimonio

“Tengo un testimonio verdadero, vibrante y vital de la veracidad de esta obra. Sé que Dios, nuestro Padre Eterno, vive, y que Jesús es el Cristo, mi Salvador y mi Redentor. Él es el que está a la cabeza de esta Iglesia. Lo único que deseo es seguir adelante con esta obra tal y como Él desearía que siguiera adelante” (conferencia de estaca, Washington, Utah, 20 de enero de 2002). ■

4



EL PODER PARA QUEDARSE

El dejarlo todo para servir en una misión parecía ser lo correcto, hasta que todo empezó a marchar mal. No obstante, jamás me daría por vencido. Me quedaría en la misión.



POR EL ÉLDER H. ROSS WORKMAN

De los Setenta

Asistía a la universidad, tenía un buen empleo a tiempo parcial e iba a casarme en unos meses. Tenía una vida vibrante y el futuro parecía prometedor.

Me sorprendió cuando mi presidente de estaca se me acercó un domingo por la mañana y me dijo: “El Señor desea que sirvas en una misión”. Sentí la fuerte impresión de que ese llamado procedía del Señor, así que, prestando atención a esa impresión, inmediatamente me comprometí a servir.

Fui llamado a servir en la Misión de los Estados del Sur y comencé mis preparativos con una serie de tareas difíciles: Dejé mi empleo, dejé la universidad, pospuse mi boda durante dos años y me despedí de mis seres queridos. Parecía que dejaba atrás todo lo que me importaba de verdad.

Viajé durante varias horas en tren acompañado de otros misioneros hasta Atlanta, Georgia, donde dos misioneros nos recogieron y nos llevaron a reunirnos con el presidente de misión, quien conversó conmigo por unos instantes y luego me dijo que debía partir de inmediato en autobús hacia

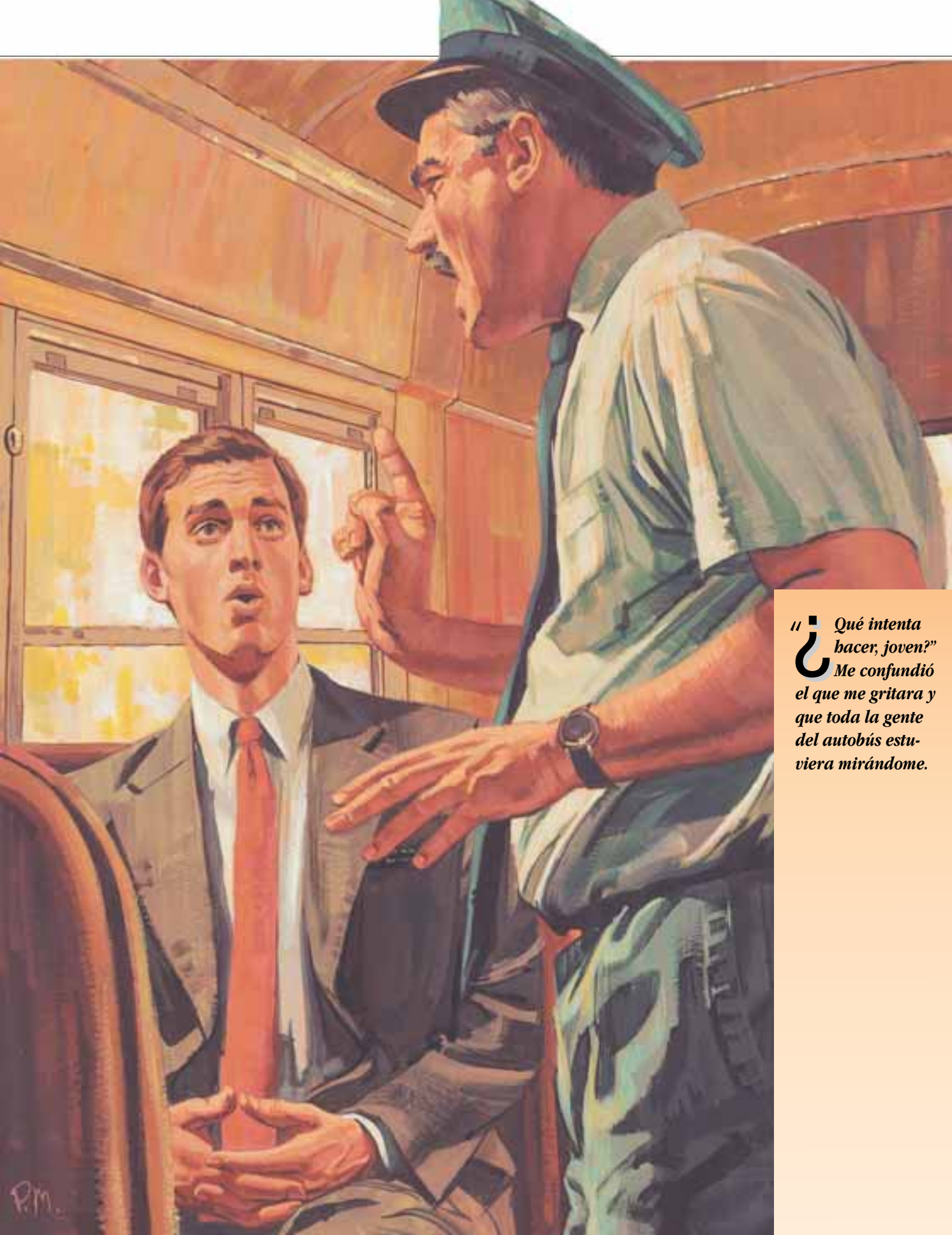
Montgomery, Alabama, donde recibiría instrucciones sobre mi área misional. Los mismos élderes que me habían recogido me llevaron a la estación de autobuses y me entregaron una hoja de papel con una dirección. Me dijeron que los misioneros de Montgomery me indicarían lo que debía hacer.

Entré tímidamente en la estación, compré un boleto y subí al autobús. Estaba oscureciendo y empecé a sentirme muy solo. Me senté en un asiento vacío al lado de la ventana e intenté de pasar por alto el creciente desánimo que surgía por motivo de no saber a dónde iba, con quién iba a estar ni qué iba a hacer.

Cuando el conductor del autobús tomó asiento, se me quedó mirando por el retrovisor. Luego fue hacia donde yo estaba y me gritó: “¿Qué intenta hacer, joven?”. Me confundió el que me gritara y que toda la gente del autobús estuviera mirándome. No tenía ni idea de por qué estaba enojado y apenas pude musitar: “Sólo viajar en autobús”.

Él volvió a gritar: “¿Pero qué se propone usted?”. Me indicó una línea blanca que había en el suelo del autobús y en la que yo

“El Señor desea que sirvas en una misión”. Sentí la fuerte impresión de que ese llamado procedía del Señor.



¿ *Qué intenta
bacer, joven?"
Me confundió
el que me gritara y
que toda la gente
del autobús estu-
viera mirándome.*



“El verdadero éxito de una misión no se mide por lo que figure en una gráfica: se graba profundamente en tu corazón y en el de aquellos cuyas vidas cambian eternamente a causa de ti. Da tu testimonio a menudo. No he visto nada en un misionero que ejerza más poder e influencia favorable que el expresar un testimonio puro y sencillo. Tu testimonio es el primer paso de la conversión de aquellos a los que enseñas. Ten el valor de invitar a los demás a cambiar su vida y a venir a Cristo por medio de la obediencia a los principios y las ordenanzas del Evangelio”.

Élder Dennis B. Neuschwander, de la Presidencia de los Setenta, “A mi hijo misionero”, *Liahona*, enero de 1992, pág. 49.

no había reparado. Dijo que me sentara delante de la línea o si no me echaría del vehículo. Yo estaba aterrorizado y le obedecí al instante. No supe sino hasta mucho después que en aquellos días las líneas blancas dividían las zonas en donde se podían sentar la gente blanca y la negra. Había habido mucha tensión en el sur de los Estados Unidos por el asunto de la segregación racial y el conductor del autobús creyó que yo iba a iniciar una protesta.

Viajé durante horas, acurrucado en el autobús, intentando sobreponerme al temor, a la soledad y a la vergüenza. Al llegar a Montgomery, mis temblorosas manos apenas podían sostener las maletas. El autobús llegó bien entrada la noche, de modo que la estación estaba casi vacía y no había nadie para recogerme. La única información que tenía era la dirección que me habían dado los misioneros de Atlanta, pero no tenía ni idea de cómo encontrarla.

Desperté a un taxista que dormía en su auto y le pregunté si podía llevarme a aquella dirección. Se molestó conmigo; me dijo cuánto me iba a costar el viaje y yo prometí pagarle, aunque parecía ser sumamente caro. Me llevó a menos de 90 metros de

distancia y dijo: “¡Aquí es!”. Exigió el importe y me dejó con mis maletas frente a una casita blanca.

La casa estaba a oscuras. Llevé las maletas hasta la entrada y llamé a la puerta. No apareció nadie. Llamé más fuerte y, pasados unos minutos, un misionero medio dormido abrió la puerta.

“¿Quién es usted?”, me preguntó.

Cuando le dije quién era y por qué estaba allí, él dijo que no sabía nada en cuanto a mi llegada, por lo que no me invitó a pasar. Me disculpé y le dije que sólo hacía lo que me habían indicado.

“No disponemos de habitación para usted”, dijo mientras aún seguíamos en la entrada.

“¿Qué quiere que haga, élder?”, reclamé. “Me han enviado aquí y no tengo a dónde ir”.

Por fin me invitó a pasar y me dijo que tendría que dormir en el suelo de la cocina, y acto seguido desapareció en su cuarto. Jamás me había sentido tan solo, tan despreciado y tan desanimado.

Dejé las maletas en el sucio suelo y apagué la luz. Me sentía demasiado desanimado para dormir, así que me acerqué a la puerta y me dediqué a observar por la ventana, desde donde podía ver la estación de autobuses a donde había llegado hacía escasos minutos. Fácilmente podía ir hasta allí y comprar un boleto de vuelta a casa, pues me quedaba el dinero suficiente para eso. Toda mi dicha, mis esperanzas y mis sueños estaban en casa. Allí había gente que me amaba; podría recuperar mi antiguo empleo, volver a la universidad, ver a mi familia y casarme. No hacía más que pensar: “Ve a casa. Aquí no le importas a nadie; nadie te quiere en este lugar”.

Entonces me dije a mí mismo: “Vamos a ver, ¿por qué estoy aquí?”. Recordé las palabras de mi presidente de estaca: “El Señor



desea que sirvas en una misión”. Había tenido una fuerte impresión cuando me lo dijo, y aquel sentimiento había sido tan fuerte que pospuse mi boda, dejé mi empleo y la universidad para poder ir a la misión. Había sabido que el Señor quería que sirviera.

Sin embargo, el estar en el campo misionero no era del todo como yo me había imaginado. Había estado seguro, pero ahora, cuando más necesitaba saber que esa certeza provenía de una fuente divina, aquellos poderosos sentimientos parecían un lejano recuerdo.

Mi llegada al campo misionero se había convertido en una lucha difícil que no me esperaba; pero aún así, sabía que me hallaba al servicio del Señor. En una ocasión había sabido sin duda alguna que era Su voluntad el que yo sirviera en una misión, y la ausencia de un profundo testimonio ante aquella oscura ventana del apartamento de los misioneros no cambiaba en absoluto aquel conocimiento.

Me hallaba en el proceso de tomar una decisión sumamente importante: decidir entre lo que yo quería hacer y lo que el Señor quería que hiciera. Aquella fue la primera vez, que yo recuerde, en la que reconocía claramente que debía tomar una decisión.

Me dije a mí mismo: “Nunca jamás dejaré el llamamiento que he aceptado. No importa lo que suceda, me quedaré en la misión”. Al decir esas palabras, hubo paz en mi corazón por primera vez desde que llegué al campo misionero.

Hoy día, muchos años más tarde, reconozco que el Señor me guió a través de aquella experiencia y aprendí que Él nos bendice con una paz reconfortante sólo después de que demos nuestra disposición a obedecerle. Siempre estaré agradecido por las bendiciones que resultaron de aquella decisión, pues cambió mi vida para siempre. ■



Dejé las maletas en el sucio suelo y apagué la luz. Estaba demasiado desanimado para dormir, así que me acerqué a la puerta y me dediqué a observar por la ventana. Me hallaba en el proceso de tomar una decisión sumamente importante.

Todo tiene su tiempo...

En todas las decisiones importantes de nuestra vida, lo más fundamental es hacer lo correcto. Segundo, y tan sólo un poco más atrás que lo primero, es hacer lo correcto en el momento oportuno.



La fe en el Señor Jesucristo nos prepara para aquello que nos depara la vida, para reaccionar correctamente ante las oportunidades que se nos presentan: aprovecharnos de las que recibimos y superar las decepciones de las que perdemos.

POR EL ÉLDER DALLIN H. OAKS

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Hace muchos años oí un relato en la ceremonia de inauguración del rector de una universidad, el cual ilustra la importancia de hacer las cosas en el momento oportuno. Un rector había llegado al final de su periodo de servicio y su sucesor comenzaba el suyo. Como gesto de buena voluntad, el sabio rector saliente le entregó a su joven sucesor tres sobres cerrados.

“Consérvelos hasta que se produzca la primera crisis de su administración”, le explicó.

“Entonces abra el primer sobre y descubrirá un valioso consejo”.

Pasó un año antes de que el nuevo rector sufriera una crisis. Cuando abrió el primer sobre, halló una sola hoja de papel en la que estaba escrito: “Culpe a la administración anterior”. Siguió el consejo y superó la crisis.

Dos años después, enfrentó otro serio desafío a su liderazgo. Abrió el segundo sobre y leyó: “Reorganice su administración”. Lo hizo y la reorganización calmó los ánimos de sus críticos y dio nuevo ímpetu a su liderazgo.

Mucho después, el ahora bien versado rector enfrentó su tercera gran crisis. Abrió con impaciencia el tercer sobre, creyendo

que el consejo que encerraba iba a solucionar sus problemas. De nuevo no había más que una sola hoja de papel, pero esta vez decía: “Prepare tres sobres”. Había llegado el momento de tener nuevo liderazgo.

Quizás sea una exageración decir que el hacer las cosas en el momento oportuno lo es todo; sin embargo, el concepto es vital. En Eclesiastés leemos:

“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.

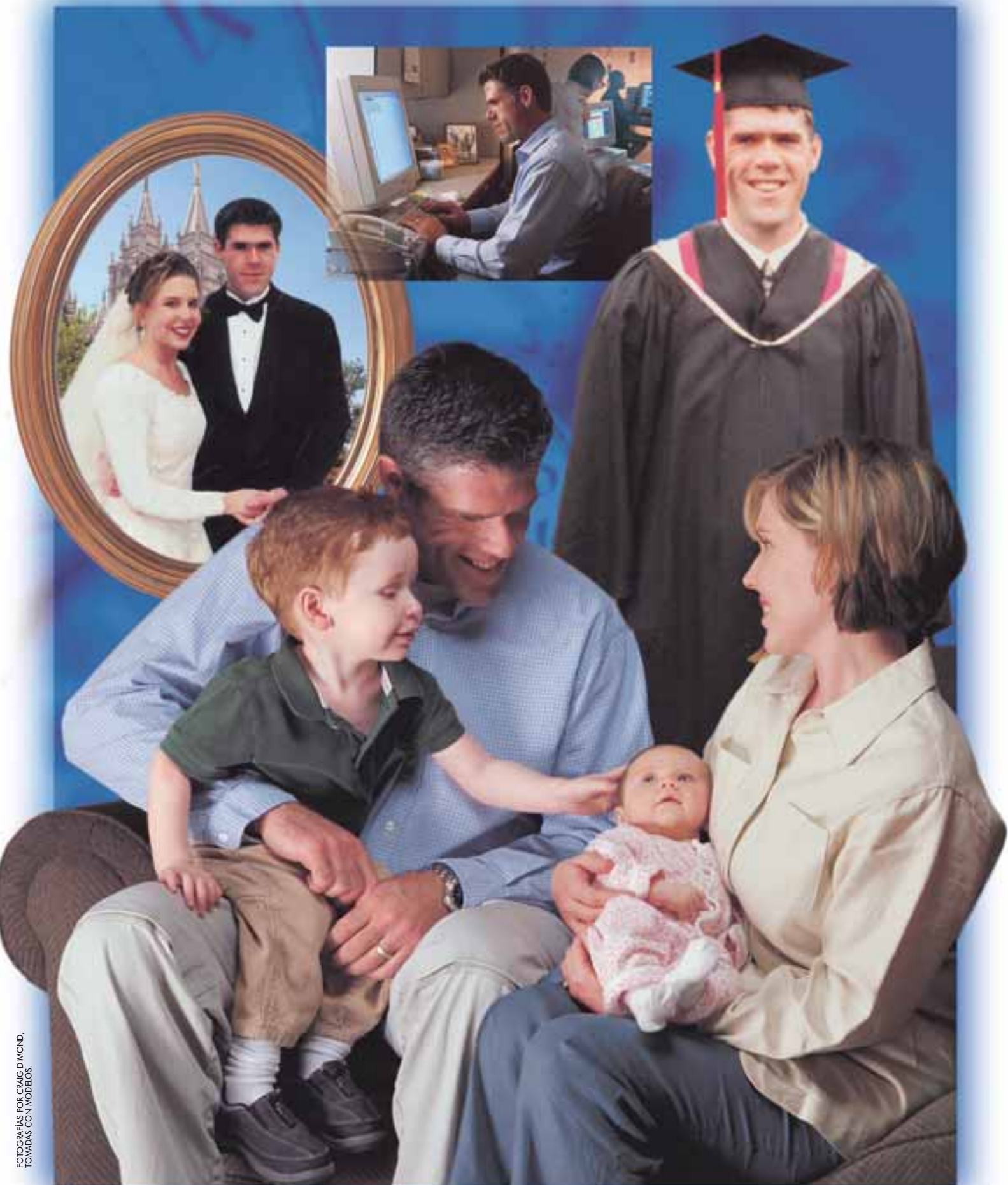
“Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado...

“tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar;

“...tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar...

“...tiempo de callar, y tiempo de hablar” (Eclesiastés 3:1–2, 4–5, 7).

En todas las decisiones importantes de nuestra vida, lo más fundamental es hacer lo correcto. Segundo, y tan sólo un poco más atrás que lo primero, es hacer lo correcto en el momento oportuno. Aquellos que hacen lo correcto en el momento inoportuno pueden sentirse frustrados e ineficaces; pueden incluso sentirse confusos en cuanto a si hicieron



lo correcto, cuando en realidad lo erróneo no fue la decisión, sino el momento.

El tiempo del Señor

Lo primero que deseo decir al respecto es que el Señor tiene Su propio horario: "...mis palabras son ciertas y no fallarán", enseñó el Señor a los primeros élderes de esta dispensación. "Mas todas las cosas tienen que acontecer en su hora" (D. y C. 64:31–32).

El primer principio del Evangelio es fe en el Señor Jesucristo. Fe significa confiar: confiar en la voluntad de Dios, confiar en Su manera de hacer las cosas y confiar en Su horario, en vez de tratar de imponerle el nuestro. El élder Neal A. Maxwell, del Quórum de los Doce Apóstoles, ha dicho:

"En lo referente a nosotros, la cuestión reside en confiar en Dios lo bastante como para confiar también en Su tiempo. Si realmente pudiéramos creer que el Señor quiere lo mejor para nosotros, ¿acaso no le permitiríamos desplegar Sus planes como Él considerara mejor? Lo mismo sucede con la Segunda Venida y con todos esos asuntos en los que debemos hacer acopio de fe, no sólo en Sus planes y propósitos generales, sino en el tiempo del Señor para cada uno de nosotros en forma individual"¹.

De hecho, no podemos tener una fe verdadera en el Señor sin tener también plena confianza en Su voluntad y en Su tiempo.

Al servir en la Iglesia del Señor, debiéramos recordar que el *cuándo* es tan importante como el *quién*, el *qué*, el *dónde* y el *cómo*.

Un claro ejemplo de la importancia de escoger el mejor momento para hacer las cosas se halla en el ministerio terrenal del Señor y en Sus instrucciones subsiguientes a los Apóstoles. Durante Su vida terrenal, el Señor mandó a los Doce Apóstoles que no predicaran a los gentiles, sino que les dijo: "...id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mateo 10:6; véase también Mateo 10:5; 15:22–26).

Más tarde, en el momento adecuado, se invirtió esa instrucción en una gran revelación concedida al apóstol Pedro. Sólo entonces, en el momento exacto dictaminado por el Señor, se llevó el Evangelio a los gentiles (véase Hechos 10–11).

Como se demuestra en ese ejemplo, la revelación continua es el medio por el que el Señor administra Su tiempo. Necesitamos esa dirección proveniente del cielo. Por ejemplo,

muchos de nosotros o de nuestros descendientes participarán sin duda alguna en el cumplimiento de las profecías relacionadas con la edificación de la ciudad de la Nueva Jerusalén (véase D. y C. 84:2–4); no obstante, ése es un asunto relacionado con el tiempo del Señor, y no con el nuestro. No recibiremos la autorización ni la bendición para llevar a cabo la limpieza de los terrenos ni para marcar el lugar donde irán los cimientos de tan grandioso proyecto sino hasta que el Señor diga que ha llegado el momento. En este asunto, como en muchos otros, el Señor obrará a Su debido tiempo y a Su propia manera.

Nosotros nos preparamos tal y como ha dicho el Señor; nos mantenemos listos para actuar en el tiempo del Señor. Será Él quien nos diga que ha llegado el momento de dar

el paso siguiente. Hasta entonces, no tenemos más que concentrarnos en nuestras propias asignaciones y en lo que se nos ha pedido hacer hoy; en este punto, somos conscientes de lo que ha dicho el Señor: "...apresuraré mi obra en su tiempo" (D. y C. 88:73).

Los que no aceptan la revelación continua a veces se meten en problemas al actuar demasiado pronto o demasiado tarde o al persistir en algo demasiado tiempo. La práctica del matrimonio plural es un claro ejemplo.

La importancia del tiempo del Señor también es palpable en Sus leyes dietéticas. El Señor dio una instrucción dietética al antiguo Israel, y mucho tiempo después, debido a "las maldades y designios" de los "últimos días" (véase D. y C. 89:4), nos ha dado una Palabra de Sabiduría



Siempre ha existido la meta de tener más templos, mas no habría sido apropiado que persona alguna propusiera un aumento tan repentino y espectacular sino hasta que el profeta del Señor anunciara que eso sería uno de los objetivos principales de la Iglesia.



adaptada a las circunstancias de nuestra época y acompañada de la promesa de bendiciones propias para nuestra era.

El tiempo del Señor se aplica también a hechos importantes de nuestra propia vida. Un gran pasaje de Doctrina y Convenios declara que recibiremos una experiencia espiritual concreta “en su propio tiempo y a su propia manera, y de acuerdo con su propia voluntad” (D. y C. 88:68). Ese principio se aplica a la revelación² y a todos los acontecimientos más importantes de nuestra vida: el nacimiento, el matrimonio, el fallecimiento, e incluso a nuestras mudanzas de un sitio a otro.

No basta con seguir el camino correcto, sino que debemos hacerlo en el momento adecuado; y si no lo es, debemos adecuar nuestros hechos al horario del Señor, tal como lo ha revelado por conducto de Sus siervos.

Hace varios años, el presidente Gordon B. Hinckley anunció la construcción de un gran número de nuevos templos, duplicándose así el número de templos en

funcionamiento de la Iglesia, pasando de 50 a 100 en pocos años. Siempre ha existido la meta de tener más templos, mas no habría sido apropiado que persona alguna propusiera un aumento tan repentino y espectacular sino hasta que el profeta del Señor anunciara que eso sería uno de los objetivos principales de la Iglesia y sus miembros. Sólo el profeta del Señor podría indicar que la Iglesia duplicara sus templos en funcionamiento en tan pocos años.

En mi discurso de la conferencia general de octubre de 2001 facilité otro ejemplo: la importancia de seguir el tiempo del Señor con aquellos a quienes queremos interesar en el mensaje del Evangelio³. La proclamación del Evangelio es Su obra, no la nuestra, y por tanto, debe hacerse en Su tiempo, no en el nuestro. Actualmente hay países que deben oír el Evangelio antes de que el Señor vuelva otra vez. Lo sabemos, pero no podemos forzarlo; debemos aguardar al momento del Señor. Él nos avisará y abrirá las puertas o

Un claro ejemplo de la importancia de escoger el mejor momento para hacer las cosas se halla en el ministerio terrenal del Señor y Sus instrucciones subsiguientes a los Apóstoles.

El misionero puede planificar, trabajar y hacer todo lo que esté dentro de sus posibilidades, pero el resultado deseado dependerá del albedrío y de las obras de los demás.

derrumbará los muros cuando haya llegado ese momento. Debemos pedir la ayuda y la guía del Señor para ser instrumentos en Sus manos para proclamar el Evangelio a las naciones y a las personas que estén listas ahora, a aquellas personas a las que Él quiere que ayudemos hoy. El Señor ama a todos Sus hijos y desea que todos tengan la plenitud de Su verdad y la abundancia de Sus bendiciones. Él sabe cuándo los grupos o las personas están preparados y desea que demos oído y prestemos atención a Su horario para compartir el Evangelio con ellos.

El albedrío de los demás

El logro de ciertas metas importantes en nuestra vida está sujeta a algo más que el tiempo del Señor; algunas de esas metas están sujetas también al albedrío de los demás. Eso se hace particularmente evidente en dos cuestiones de especial importancia para los

jóvenes en edad universitaria: los bautismos misionales y el matrimonio.

En el verano de 2001, mi esposa y yo nos encontrábamos en Manaus, Brasil, donde hablé a cerca de 100 misioneros que servían en aquella gran ciudad en el Amazonas. Al levantarme para hablar, tuve la impresión de hacer a un lado las notas que suelo emplear en tales ocasiones y sustituirlas por algunos pensamientos sobre la importancia de hacer las cosas en el momento debido, como algunos de los pasajes y principios que he abordado aquí.

Les recordé a los misioneros que algunos de nuestros proyectos más importantes no se pueden llevar a cabo sin el albedrío y las obras de otras personas. Un misionero no puede bautizar a cinco personas este mes sin el albedrío y las obras de esos cinco. El misionero puede planificar, trabajar y hacer todo lo que esté dentro de sus posibilidades, pero el



resultado deseado dependerá del albedrío y de las obras de otras personas.

En consecuencia, las metas del misionero deben basarse en su albedrío personal y en sus obras, en vez del albedrío y las obras de los demás. Sin embargo, éste no es el momento para profundizar en lo que dije a los misioneros sobre las metas; a cambio, voy a compartir otras aplicaciones del principio de que “todo tiene su tiempo” con ejemplos de nuestra propia vida.

Aplicaciones a nuestra vida

Debido a la existencia de elementos sobre los que no tenemos control alguno, no podemos planificar ni llevar a cabo todo lo que deseamos. Viviremos muchas cosas importantes que no habíamos incluido en nuestros planes, y no todas ellas serán bienvenidas. Aun nuestros deseos más justos tal vez no se realicen, o se hagan realidad de diversos modos o en momentos diferentes de aquellos esperados.

Por ejemplo, no podemos tener la seguridad de que nos casaremos tan pronto como quisiéramos; además, un matrimonio que pudiera parecernos oportuno a nosotros puede o no convertirse en una bendición. Mi esposa, Kristen, es un ejemplo. Ella no se casó sino hasta pasados varios años después de servir en una misión y de graduarse de la universidad.

El determinar el momento más oportuno para contraer matrimonio tal vez sea el mejor ejemplo de un acontecimiento extremadamente importante en nuestra vida, pero uno que resulta casi imposible de planificar. Al igual que sucede con otros acontecimientos terrenales que dependen del albedrío de otras personas o de la voluntad y del tiempo del Señor, el matrimonio no se puede anticipar ni planear con seguridad. Podemos, y debemos, trabajar y orar en pos de nuestros deseos justos, pero a pesar de haberlo hecho, muchas personas seguirán siendo solteras más tiempo del deseado.

Entonces, ¿qué se debe hacer mientras tanto? La fe en el

Señor Jesucristo nos prepara para aquello que nos depare la vida, para reaccionar correctamente ante las oportunidades que se nos presenten: aprovecharnos de las que recibimos y superar las decepciones de las que perdemos. Al ejercer esa fe, debemos comprometernos en cuanto a cuáles serán las prioridades y las normas que seguiremos en circunstancias o cuestiones que no controlamos, y debemos persistir fielmente en dichos compromisos sin importar lo que nos suceda a causa del albedrío de los demás o del tiempo del

Señor. Al obrar así, tendremos en nuestra vida una constancia que nos proporcionará guía y paz. Cualesquiera que sean las circunstancias que escapen a nuestro control, nuestros compromisos y nuestras normas deben ser constantes.

Los compromisos de los adultos solteros y el servicio que prestan pueden fortalecerlos a través de los difíciles años mientras esperan el momento y la persona adecuados. Los compromisos y el servicio de ellos pueden también fortalecer e inspirar a otras personas. Qué sabios son los que adoptan este compromiso: pondré al Señor en primer lugar en mi vida y cumpliré Sus mandamientos. Es la persona misma quien ejerce control sobre la realización de ese compromiso, ya que podemos cumplirlo sin importar lo que decidan hacer los demás, a la vez que

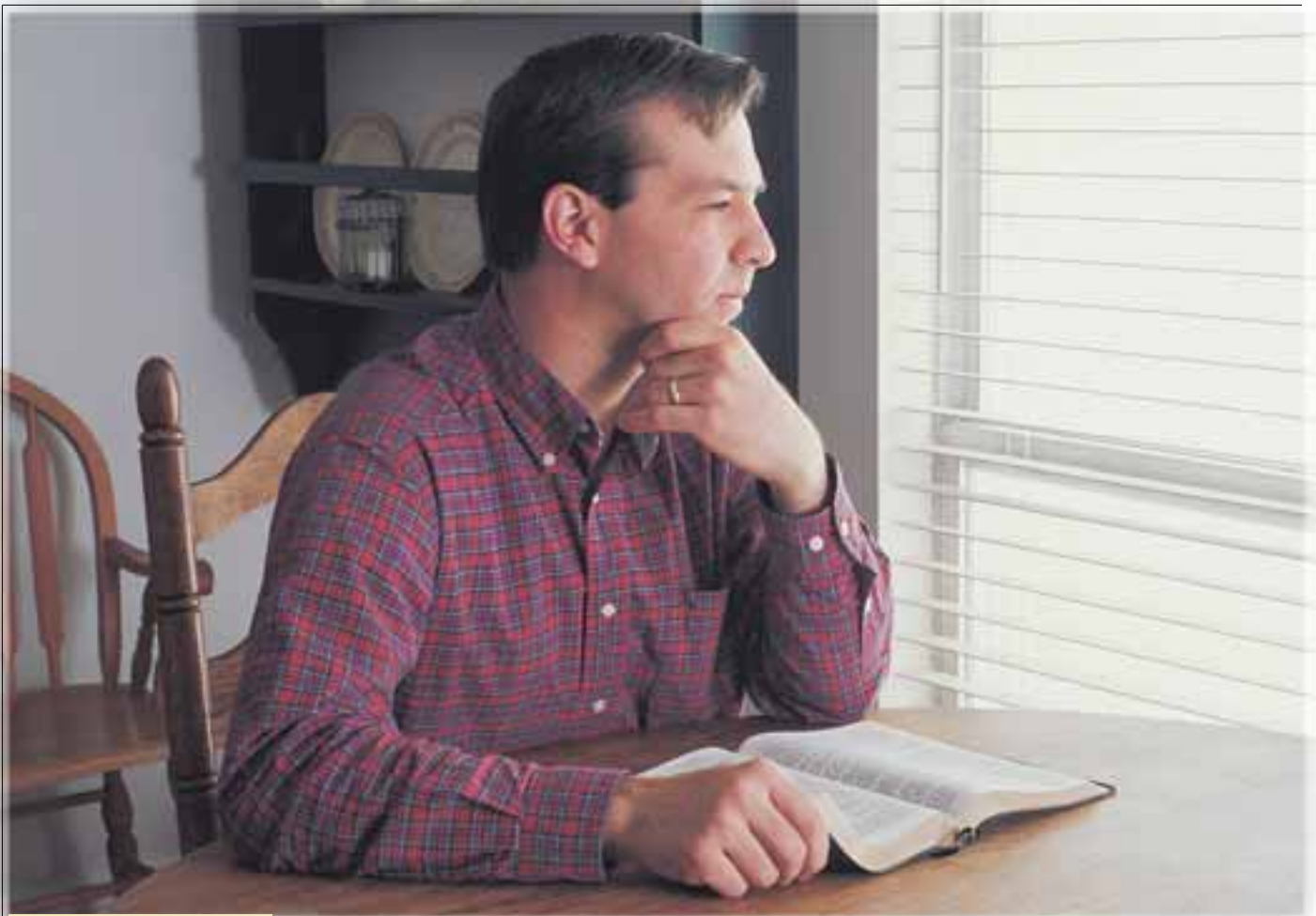
nos mantiene firmes en la fe sin importar el ritmo que el Señor tenga pensado para los momentos más importantes de la vida.

¿Pueden ver la diferencia que existe entre el comprometerse a lo que vayan a hacer en vez de tratar de planificar el estar casados para cuando se gradúen o el ganar una determinada suma de dinero en su primer empleo?

Si tenemos fe en Dios, si nos comprometemos a guardar Sus mandamientos y lo ponemos en primer lugar en nuestra vida, no tenemos necesidad de planificar cada acontecimiento —ni siquiera cada acontecimiento importante— y por tanto no debemos sentirnos rechazados ni deprimidos si algunas cosas —aunque sean muy importantes— no



El determinar el momento más oportuno para contraer matrimonio tal vez sea el mejor ejemplo de un acontecimiento extremadamente importante en nuestra vida, pero uno que resulta casi imposible de planificar, pues depende del albedrío de otras personas o de la voluntad y del tiempo del Señor.



Anclen su vida en los principios eternos y vivan de acuerdo con ellos; sólo entonces podrán esperar en el tiempo del Señor y estar seguros de los resultados en la eternidad.

suceden cuando lo habíamos planeado, cuando lo esperábamos o cuando oramos por ello.

Comprométanse a poner al Señor en primer lugar en la vida, a guardar los mandamientos y a hacer aquello que les pidan los siervos del Señor; sólo entonces estarán encaminados hacia la vida eterna. No importará que les llamen a servir como obispos o presidentas de la Sociedad de Socorro, ni si están solteros o casados, ni siquiera si mueren mañana. No sabemos qué va a suceder, así que den lo mejor de sí mismos en aquello que es fundamental y luego confíen en el Señor y en Su tiempo.

A veces la vida da giros bien extraños. Compartiré con ustedes algunas experiencias personales para ilustrar ese punto.

Cuando era joven, pensaba en servir en una misión. Me gradué de la secundaria en junio de 1950, pero una semana más tarde, a miles de kilómetros de distancia, un ejército norcoreano cruzó el paralelo 38 y nuestro país entró en guerra. Yo tenía 17 años, pero al ser miembro de la Guardia Nacional de Utah,

recibí órdenes de movilizarme y entrar en el servicio militar activo. De repente, tanto para mí como para muchos otros jóvenes de mi generación, la tan anhelada misión de tiempo completo que habíamos planeado se esfumó.

Otro ejemplo. Fui relevado como presidente de la Universidad Brigham Young después de servir durante nueve años. Pocos meses después, el gobernador del estado de Utah me designó para servir durante un periodo de diez años en el Tribunal Supremo del estado. Tenía 48 años y mi esposa June y yo intentábamos planear cómo sería el resto de nuestra vida. Queríamos servir en esa misión de tiempo completo que ninguno de los dos había tenido el privilegio de hacer. Decidimos que serviría unos 20 años en el Tribunal Supremo del estado, con lo que al final tendría 69 años; luego me retiraría de ese puesto y enviaríamos nuestra documentación para cumplir una misión como matrimonio.

Hace dos años cumplí 69 años y vívidamente recordé aquel importante plan. Si las cosas

hubieran sucedido tal como habíamos planeado, ya habría enviado los papeles para servir en una misión con mi esposa June.

Cuatro años después de organizar aquel plan, fui llamado al Quórum de los Doce Apóstoles, algo que jamás habíamos imaginado. Al darnos cuenta de que el Señor tenía otras cosas en mente y un tiempo diferente al que habíamos pensado, dimítí como magistrado del Tribunal Supremo. Pero ése no fue el fin de las diferencias importantes. Cuando yo tenía 66 años, mi esposa June falleció de cáncer y dos años después me casé con Kristen McMain, la compañera eterna que está ahora a mi lado.

¡Cuán diferente es mi vida de como la había planeado! Mi vida profesional ha cambiado, al igual que mi vida personal; pero el compromiso que hice con el Señor, de ponerlo en primer lugar y estar dispuesto para lo que Él deseara que hiciera, me ha llevado a través de estos cambios de trascendencia eterna.

La fe y el confiar en el Señor nos fortalecen para aceptar y perseverar sin importar lo que suceda en nuestra vida. Desconozco el porqué recibí un “no” a mis oraciones a favor de la recuperación de mi esposa de tantos años, pero el Señor me testificó que era Su voluntad y me dio la fuerza para aceptarlo. Dos años después de su muerte conocí a la mujer maravillosa que ahora es mi esposa por la eternidad y también sé que ésa era la voluntad del Señor.

Vuelvo al tema donde empecé. No confíen en que puedan planear cada acontecimiento de su vida, ni siquiera los más importantes. Antes bien, prepárense para aceptar los planes del Señor y el albedrío de los demás en cuestiones que, inevitablemente, les afectarán a ustedes. Planifiquen, claro, pero ciñan sus planes a los compromisos personales que los sostendrán a pesar de lo que suceda. Anclen su vida en los principios eternos y vivan de acuerdo con ellos; sólo entonces podrán esperar en el tiempo del Señor y estar seguros de los resultados en la eternidad.

El principio más importante, en lo que se refiere al

tiempo, es mantener una perspectiva eterna. La vida terrenal no es más que una pequeña porción de la eternidad; no obstante, la forma en que nos comportemos aquí —lo que lleguemos a ser como consecuencia de nuestras acciones y deseos, confirmado por nuestros convenios y las ordenanzas administradas por la debida autoridad— dará forma a nuestro destino por toda la eternidad. Tal como enseñó el profeta Amulek: “...esta vida es cuando el hombre debe

prepararse para comparecer ante Dios” (Alma 34:32). Esa realidad debe ayudarnos a mantener una perspectiva eterna: el tiempo de la eternidad.

Ruego que cada uno de nosotros dé oídos a la palabra del Señor sobre cómo conducirnos en la vida terrenal, y que establezcamos normas y compromisos que estén en armonía con el tiempo de nuestro Padre Celestial. ■

NOTAS

1. *Even As I Am*, 1982, pág. 93.
2. Véase Dallin H. Oaks, “La enseñanza y el aprendizaje por medio del Espíritu”, *Liabona*, mayo de 1999, pág. 21.
3. Véase “Compartir el Evangelio”, *Liabona*, enero de 2002, págs. 8–9.

Adaptado de un discurso pronunciado el 29 de enero de 2002 en la Universidad Brigham Young.

HABLEMOS DE ELLO

1. Invite a los miembros de la familia a hablar de cuán diferentes podrían ser sus vidas si hechos como el unirse a la Iglesia, el mudarse a otra ciudad o el casarse hubieran sucedido años antes o después de cuando realmente tuvieron lugar. Túrnense para leer la sección “El tiempo del Señor” y hablen sobre cómo ha sido una bendición para ustedes el estar dispuestos a obrar según el horario del Señor.

2. Asigne a un miembro de la familia una tarea como recoger un objeto o escribir en una hoja de papel; luego hágale difícil la tarea. Hablen del papel que desempeñan el albedrío y las obras de los demás en el logro de nuestras metas. Lea las secciones “El albedrío de los demás” y “Aplicaciones a nuestra vida” y compartan experiencias sobre cómo el mantener una perspectiva eterna les haya ayudado a ustedes o a alguien más a tomar una decisión correcta.



Comprométanse a poner al Señor en primer lugar en la vida, a guardar los mandamientos y a hacer aquello que les pidan los siervos del Señor; sólo entonces estarán encaminados hacia la vida eterna.

La bufanda roja

Fui criada con la enseñanza de que no había Dios, pero un terremoto y un par de misioneros me ayudaron a encontrarlo.

POR HRIPSIME ZATIKYAN WRIGHT

Nací en Armenia cuando ese país formaba parte de la Unión Soviética. Mis padres me enseñaron a mí y a mis dos hermanos a ser honrados, buenos y moralmente limpios, e hicieron todo lo posible por darnos una buena educación, pero una de las cosas que aprendí en el jardín de infancia fue una filosofía de que la religión es el opio del pueblo. Hasta los 12 años, nunca supe de la existencia de Dios.

Alabado sea Tu nombre, Dios

Cuando tenía 12 años, un terrible terremoto destruyó el 90% de mi ciudad natal y acabó con la vida de más de 50.000 personas. Yo me encontraba en la escuela cuando el ruido se hizo más y más grande y todo empezó a temblar. Me vi empujada por la multitud que intentaba escapar del edificio y, en medio de toda esa confusión, de repente me di cuenta de que tal vez nunca volvería a ver a mi familia. En ese instante, vi la bufanda roja que mi madre me había hecho; estaba colgada en un pasillo a la derecha del hueco de la escalera. Tuve una impresión y me distancié de la multitud y fui a recuperar la bufanda, pero en ese momento el suelo tembló por tercera y última vez y vi cómo las escaleras se venían abajo atrapando a todos mis amigos entre los escombros. Luego de calmarme un poco, descubrí que toda la escuela era una enorme masa de ruinas, excepto aquella pequeña parte que nos resguardaba a mí y a mi bufanda roja.



Sobrevivieron los cinco integrantes de mi familia. Cuando mi padre vio a mi madre, a mi hermana de ocho meses, a mi hermano de siete años y a mí, sentados en medio de la calle después de pasar siete horas buscándonos, lo único que podía decir era: “Alabado sea Tu nombre, Dios”. Acababa de perder mi hogar, pero por vez primera oía el nombre de Dios.

Como si llegara a casa

Pasaron once años. Acababa de graduarme en la facultad de medicina de Yerevan, capital de Armenia, donde era médica interna especializada en oftalmología. Mientras realizaba unas labores como voluntaria, conocí a dos misioneros Santos de los Últimos Días y nos hicimos buenos amigos. Fueron bienvenidos en casa, como cualquier otra persona, pero en cuanto comenzaron a hablar de Dios, el ambiente se volvió muy tenso. Mis padres me dijeron que si los misioneros querían “enseñar su religión”, no serían bien recibidos en nuestro hogar. Personalmente, yo no tenía interés alguno en la religión, pero había querido hablar con ellos porque había algo diferente en sus ojos, algo muy inocente, puro y grandioso. Estaba muy interesada en descubrir la fuente de la luz que veía en sus ojos.

Después de que mis padres manifestaron su desaprobación, evité reunirme con los misioneros y terminé por citarme con ellos en su centro de reuniones para decirles que estaba demasiado ocupada como para seguir adelante



con las charlas. Como llegué una hora antes a la cita, entré en una sala donde había muchas sillas y cerca de 15 personas. Me senté en silencio, tratando de no molestar a nadie, y quedé pasmada por los sentimientos tan inusuales pero a la vez tan increíblemente familiares que me invadían. Me sentí como cuando tenía cinco años y podía correr a casa, abrazar a mi madre y contarle todo lo que había hecho, segura de que me amaba, de que siempre estaría allí cuando la necesitara y de que todo estaba bien. Después de los largos años de vagar en el espíritu, ahora sabía que estaba en casa.

Aquella noche, por primera vez en mi vida, me arrodillé y oré a Dios. Si había un Padre Celestial, quería que Él me contestara, que me dijera si las cosas que me habían enseñado los misioneros eran ciertas, que me indicara por qué me sentía tan diferente. Me cuesta describir lo que sucedió a continuación. Nunca antes había sentido la presencia de mi Padre Celestial de manera tan tangible. Sabía que me amaba, que me conocía, que siempre había estado ahí. Aquella noche

Me distancié de la multitud y fui a recuperar la bufanda que me había hecho mi madre, pero en ese momento el suelo volvió a temblar y vi cómo las escaleras se venían abajo atrapando a todos mis amigos entre los escombros.



Arriba: El día de su bautismo, Hripsime (derecha) fue sola al centro de reuniones. Asistieron muchos amigos, entre ellos la hermana Anderson (izquierda). En el último minuto, llegaron la madre y el hermano de Hripsime. Abajo: La hermana Zatikyan durante su misión en la Manzana del Templo en Salt Lake City.

dormí, sabiendo con cada fibra de mi corazón, que había encontrado el camino de regreso a casa.

Comencé a estudiar el Evangelio con detenimiento y, después de cuatro meses de intensa investigación, decidí bautizarme.

Mi vida pronto se volvió un caos total; perdí mi empleo y tuve que dejar mi puesto como médica interna. Dado que mis intereses y valores empezaron a cambiar, mis antiguos amigos empezaron a esfumarse; pero lo más difícil de todo fue aceptar que mis padres se opusieron a mi bautismo.

Amaba de verdad a mis padres; ellos habían sacrificado todo para que tuviera la mejor educación y el mejor ambiente, y estaban orgullosos de mis logros. Pero al conocer mi

decisión, se quedaron estupefactos. Era la primera vez que quería hacer algo con lo que ellos no estaban de acuerdo, y fue muy difícil para todos. Sin embargo, yo sabía que Dios quería que me bautizara y aunque mi familia llegara a renegar de mí, yo no podía renegar de mi Padre Celestial.

Mi familia no aceptó la invitación a mi bautismo, así que ese día fui sola a la capilla. Había muchas personas presentes, pero yo sentía que los únicos “miembros de mi familia” eran los dos misioneros. Sin embargo, al darme vuelta para ir hacia la pila bautismal, vi a mi madre y a mi hermano. Fue el día más feliz de mi vida. La presencia de mi familia fue como un rayo de sol cargado de la esperanza de un mañana más brillante.



El compartir la luz del Evangelio

El siguiente año vino cargado de bendiciones. Además de mis responsabilidades en la rama y mucho servicio voluntario, encontré trabajo en un hospital privado y pude continuar con mis estudios. Mi madre asistió a las reuniones de la Iglesia en varias ocasiones después de mi bautismo y se unió a la Iglesia cinco meses después. Pero lo más importante es que tenía el amor de mi Padre Celestial como parte de mi vida, así como la certeza de que finalmente había encontrado mi camino de regreso a casa.

Deseaba compartir la luz que el Evangelio había traído a mi vida, por lo que exactamente un año después de la fecha de mi bautismo, envié la solicitud para servir en una misión de tiempo completo. Con la esperanza de que el corazón de mi padre se hubiera aplacado, le hablé de mi decisión pero, inesperadamente, reaccionó con enojo. Pasé toda la noche sentada en mi cuarto, en silencio, y el día siguiente, al llegar la hora de salir del trabajo, estaba demasiado asustada como para volver a casa. Aún estaba trabajando cuando vi a mi padre. Después de un largo silencio me preguntó: “¿Realmente quieres dejar todo esto—tu casa, tus amigos, tus estudios y tu trabajo— para ir a un lugar desconocido?”. Respondí que sí. Después de eso no volvimos a hablar sino hasta el día en que partí hacia la misión, apenas diez días después de recibir mi llamamiento para servir en la Misión Salt Lake City, Utah, Manzana del Templo.

Un Libro de Mormón extra

Cuando partí hacia la misión, mi madre y mi hermana eran miembros de la Iglesia. Seis meses más tarde, mi madre me escribió diciendo: “Encontré un ejemplar extra del Libro de Mormón en casa. Tu padre ha dicho que debí haber extraviado el mío. Estoy animada; algo está sucediendo”. Después supimos que cuatro meses después de mi partida, mi padre detuvo a los misioneros en la calle para preguntarles qué era eso de la misión, dónde dormían y dónde comían, cómo se financiaban y qué horarios tenían. Quería saber por qué esta Iglesia es más importante para mí que cualquier otra cosa.

Recibí la primera carta de mi padre a los ocho meses de mi partida, y me decía: “Me bauticé el 2 de diciembre de 2000. Aprendí sobre el Evangelio paso a paso. Estoy muy orgulloso de ti; de mi niña que no se dio por vencida y



Cuando Hripsime terminó la misión, toda su familia y muchos parientes y amigos se habían bautizado (parte superior), entre ellos su padre (arriba), que escribió: “Estoy muy orgulloso de... mi niña que no se dio por vencida y nos guió hacia este camino”.

nos guió hacia este camino”. Hacia el fin de mi misión, todos los miembros de mi familia se habían convertido al Evangelio y muchos parientes y amigos se habían unido a la Iglesia.

Vivir en la luz

Gracias a las verdades que he aprendido, me siento obligada a vivir una vida que valga la pena. Sé que Dios vive y que nos conoce a cada uno. No importa cuál sea nuestra educación ni nuestro origen, cuando estamos cerca de Él podemos sentir Su amor. Sé estas cosas, no porque mis padres me las enseñaran, ni porque todos a mi alrededor creyeran en ellas, sino porque las siento de todo corazón. La luz que vi brillar en los ojos de aquellos misioneros es la misma que percibí la primera vez que entré en aquella capilla y supe que acababa de llegar a casa. Es la luz que vi en los ojos de mi familia a medida que iban uniéndose a la Iglesia. Es la luz de la que se habla en las Escrituras: “Y si vuestra mira está puesta únicamente en mi gloria, vuestro cuerpo entero será lleno de luz” (D. y C. 88:67). ■

Hripsime Zatikyan Wright es miembro del Barrio Universidad Salt Lake 3, Estaca Universidad Salt Lake 1.

Preguntas y respuestas

¿Cuál es la mejor forma de prepararme para recibir el Sacerdocio de Melquisedec?

Las respuestas tienen por objeto servir de ayuda y exponer un punto de vista, y no deben considerarse como declaraciones de doctrina de la Iglesia.

LA RESPUESTA DE LIAHONA

El Sacerdocio Aarónico es el sacerdocio menor y posee “la llave del ministerio de ángeles y el evangelio preparatorio, el cual es el evangelio de arrepentimiento y de bautismo, y la remisión de pecados” (D. y C. 84:26–27). El sacerdocio mayor se denomina con el nombre de Melquisedec, un sumo sacerdote del Antiguo Testamento, y posee “la llave de los misterios del reino, sí, la llave del conocimiento de Dios” (D. y C. 84:19). Puesto que el Sacerdocio de Melquisedec incluye el derecho de oficiar en las ordenanzas mayores y administrar bendiciones espirituales, las experiencias que tengas una vez que lo recibas serán más amplias que las que hayas vivido al ser diácono, maestro y presbítero.

Entre otras cosas, los diáconos pueden repartir la Santa Cena y recoger las ofrendas de ayuno; los maestros pueden preparar la Santa Cena y colaborar en la orientación familiar; mientras que los presbíteros pueden

El cumplir con tus deberes del Sacerdocio Aarónico te ayudará a prepararte para recibir el Sacerdocio de Melquisedec.

Los poseedores del Sacerdocio Aarónico deben mantenerse dignos en todos los aspectos al prepararse para recibir el sacerdocio mayor.

Aprende a ser responsable, pues el Sacerdocio de Melquisedec conlleva grandes responsabilidades.

El obrar en el sacerdocio equivale a actuar en el nombre de Jesucristo. Acércate a Él por medio de la oración, el ayuno, el estudio de las Escrituras, la observancia de los mandamientos y el servicio al prójimo.

bautizar, bendecir la Santa Cena y ordenar a otros presbíteros, maestros y diáconos. Aunque todas esas responsabilidades del Sacerdocio Aarónico son espirituales, las ordenanzas y los deberes del Sacerdocio de Melquisedec son incluso de una mayor naturaleza espiritual. Por tanto, al prepararte para recibir el sacerdocio mayor, debes prepararte espiritualmente para mayores responsabilidades, como el conferir el don del Espíritu Santo o el dar bendiciones del sacerdocio.

Gran parte de tu preparación consiste en cumplir con tus deberes del Sacerdocio Aarónico de manera diligente y en magnificar cualquier llamamiento que recibas. Tu preparación debe incluir cualquier actividad que te acerque más al Salvador, dado que te estás preparando para recibir Su sacerdocio y Su autoridad para bendecir a los demás. Esas actividades incluyen el orar, el ayunar, el estudiar las Escrituras, el guardar los mandamientos, el estar libre de las influencias dañinas del mundo y el servir a tus semejantes.



LAS RESPUESTAS DE LOS LECTORES



Como tienes el Sacerdocio Aarónico, ya has empezado a prepararte para recibir el Sacerdocio de Melquisedec. Debes cumplir con tus res-

ponsabilidades en el sacerdocio menor, ya que luego tendrás más.

Oyunsuren Bandi, 20, Rama Old Darkhan, Distrito Ulan Bator Norte, Mongolia



Tanto el Sacerdocio Aarónico como el de Melquisedec son coherentes con la idea del servicio. El sacerdocio es servicio. El

Sacerdocio Aarónico prepara a los que lo poseen dignamente para un servicio aún mayor como poseedores del Sacerdocio de Melquisedec. A fin de prepararte, estudia Doctrina y Convenios 84. Sé obediente a los mandamientos y tu prójimo será dichoso a causa de tu fidelidad.

Élder Jeffrey Jardine, 21, Misión Argentina Salta



La responsabilidad y la experiencia que se tienen con el Sacerdocio Aarónico son notables, como también lo es el Espíritu que sentimos;

pero por medio del Sacerdocio de Melquisedec, llegamos a ser más maduros y responsables, a sentir mayor amor, gozo y bondad. A fin de prepararnos para recibir el Sacerdocio de Melquisedec, debemos estudiar y orar.

John Louie Ambrosio, 18, Rama Catania 1, Distrito Catania, Italia



El asistir a seminario y a otras clases de la Iglesia me ha ayudado a entender la naturaleza del sacerdocio mayor. En particular, estudié Doctrina y Convenios 13, 20, 84 y

107. Esos pasajes encierran un amplio conocimiento de ambos sacerdocios, y cuanto más me esfuerzo por honrar el sacerdocio, tanto mejor va mi vida.

Humberto Martins de Araújo Júnior, 22, Barrio Caetés 1, Estaca Paulista, Olinda, Brasil

Si estudiamos, oramos y guardamos los mandamientos, estaremos listos para recibir el Sacerdocio de Melquisedec. El Señor dijo: "...Daré a los hijos de los hombres línea por línea" (2 Nefi 28:30). Es decir, debemos obrar con diligencia y ser pacientes para poder progresar en el Evangelio.

Grigoryan Babken, 18, Rama Komitas, Distrito Yerevan, Armenia



Si en el ejercicio de tu sacerdocio prestas servicio caritativo e intentas magnificar tu llamamiento como presbítero, te estarás preparando de forma natural para las bendiciones de oficiar en el Sacerdocio de Melquisedec y de servir como misionero.

Élder Benny C. Smith, 20, Misión Chile Santiago Este

Cuando pienso en el sacerdocio, me doy cuenta de lo mucho que nos aman nuestro Padre Celestial y Jesucristo. ¡Qué gran privilegio es efectuar las ordenanzas que son necesarias para la salvación, y cuán importante es ser digno! Me gustan mucho estas palabras del Salvador: "...¿qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy" (3 Nefi 27:27).

Nick Chemezov, 18, Rama Kharkivs'ka, Distrito, Kiev, Ucrania



"A *cludimos a ustedes, mis jóvenes hermanos del Sacerdocio Aarónico. Les necesitamos. Al igual que los 2.000 jóvenes guerreros de Helamán, ustedes también son hijos espirituales de Dios y pueden ser investidos con poder para edificar y defender Su reino.*

Necesitamos que hagan convenios sagrados, así como ellos lo hicieron. Necesitamos que sean meticulosamente obedientes y fieles, tal como ellos lo fueron".

Élder M. Russell Ballard, del quórum de los Doce Apóstoles, "La generación más grandiosa de misioneros", *Liahona*, noviembre de 2002, pág. 47.

El Sacerdocio Aarónico es un sacerdocio preparatorio, lo que sugiere que algunas experiencias serán diferentes de las del Sacerdocio de Melquisedec. Las ordenanzas como el matrimonio celestial las efectúan aquellos que tienen el sacerdocio mayor. El cumplir con tus responsabilidades en el Sacerdocio Aarónico te ayudará a prepararte para recibir el Sacerdocio de Melquisedec.

Ebers Raúl Álvarez Comesaña, 23, Barrio Montevideo 10, Estaca Montevideo Oeste, Uruguay

No hay nada más sagrado en la vida de un joven que recibir el Sacerdocio de Melquisedec. Las responsabilidades son mayores, pero si las magnificamos, también lo son las bendiciones. La mejor forma de prepararse es vivir dignamente cada día.

Moisés Nefi Morales Gonzáles, 17, Barrio Naval, Estaca Ventanilla, Perú

¿Y USTEDES QUÉ CREEN?

Joven lector: Envía tus respuestas a la pregunta que aparece a continuación, junto con tu nombre, edad, dirección, barrio y estaca (o rama y distrito). Ten a bien incluir una fotografía tuya reciente. Envía tus respuesta de manera que lleguen antes del 1 de noviembre de 2003, a: Questions and Answers 11/03, Room 2420, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-3220, E.U.A.; o por correo electrónico a: cur-liahona-imag@ldschurch.org.

PREGUNTA

"Me enfrento a las mismas tentaciones una y otra vez aunque haga años que decidiera no ceder a ellas y las haya resistido desde entonces. ¿Por qué el Señor no reconoce mi compromiso y aleja de mí la tentación?" ■

Preparémonos para comparecer ante Dios

Por medio de la oración, selección y lea de este mensaje los pasajes de las Escrituras y las enseñanzas que mejor satisfagan las necesidades de las hermanas a las que visite. Comparta sus experiencias y su testimonio, e invite a las hermanas a las que enseñe a hacer lo mismo.

Alma 34:32: “...esta vida es cuando el hombre debe prepararse para comparecer ante Dios; sí, el día de esta vida es el día en que el hombre debe ejecutar su obra”.

Élder Marvin J. Ashton (1915–1994), del Quórum de los Doce Apóstoles: “Las diez vírgenes [véase Mateo 25:1–13] representan a los miembros de la Iglesia de Jesucristo, y no al mundo en general... La responsabilidad de tener aceite en nuestras lámparas personales es un requisito y una oportunidad individuales. Es imposible compartir el aceite de la preparación individual... En la parábola, el aceite se adquiere en el mercado; pero en el diario vivir, se acumula gracias a una vida recta, gota a gota” (“A Time of Urgency”, *Ensign*, mayo de 1974, pág. 36).

Presidente Harold B. Lee (1899–1973): “¿Desde hace cuánto tiempo han postergado el día del arrepentimiento de sus propias infracciones? El juicio que enfrentaremos será ante el Juez Justo que tendrá en cuenta tanto nuestra capacidad como nuestras limitaciones, nuestras oportunidades y nuestras desventajas. El que peca y se arrepiente, y desde entonces en adelante llena su vida con un esfuerzo impulsado por la determinación,

puede no perder tanto en ese día de juicio justo como el que, aun cuando no haya cometido un pecado grave, falle de modo lamentable por no haber hecho lo que tuvo capacidad para hacer y oportunidad de hacer, pero no lo hizo” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2000, pág. 254).

Élder Dallin H. Oaks, del Quórum de los Doce Apóstoles: “El juicio final no es simplemente una evaluación de la suma total de las obras buenas y malas, o sea, lo que hemos hecho. Es un reconocimiento del efecto final que tienen nuestros hechos y pensamientos, o sea, *lo que hemos llegado a ser*. No es suficiente que cualquiera tan sólo actúe mecánicamente. Los mandamientos, las ordenanzas y los convenios del Evangelio no son una lista de depósitos que tenemos que hacer en alguna cuenta celestial. El Evangelio de Jesucristo es un plan que nos muestra cómo llegar a ser lo que nuestro Padre Celestial desea que lleguemos a ser” (“El desafío de lo que debemos llegar a ser”, *Liabona*, enero de 2001, pág. 40).

Alma 5:28: “...¿os halláis despojados del orgullo? Si no, yo os digo que no estáis preparados para comparecer ante Dios”.

Moroni 7:47: “...la caridad es el amor puro de Cristo... y a quien la posea en el postrer día, le irá bien”.

Anne C. Pingree, Segunda Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro:

“Podemos alterar la faz de la tierra, una familia y un hogar a la vez, mediante la caridad, nuestros actos pequeños y sencillos de amor puro... Poco a poco, nuestros actos caritativos cambian nuestra naturaleza, definen nuestro carácter y, al final, nos convierten en mujeres que tienen el valor y la dedicación para decir al Señor: ‘Heme aquí, envíame’” (“Caridad: Una familia y un hogar a la vez”, *Liabona* noviembre de 2002, págs. 108–109).

Presidente Spencer W. Kimball (1895–1985): “Para aquellos que escuchen las advertencias y hagan los preparativos, para los que se encuentren en la medianoche con sus lámparas llenas del aceite de justicia, para aquellos que tengan paciencia, que perseveren en sus sufrimientos y que tengan una dedicación total, la promesa es que se sentarán en el banquete con su Señor” (véase *La fe precede al milagro*, 1983, pág. 258).

• *¿Cómo podemos aumentar el aceite de nuestras lámparas (véase D. y C. 45:56–57)?*

• *¿Qué podemos hacer para ser más caritativas y menos orgullosas? ■*





El siervo inútil

Jesús enseñó a Sus discípulos sobre la fe y la fidelidad, y sobre la relación que existe entre Su gracia y nuestros actos.

POR EL ÉLDER W. ROLFE KERR
De los Setenta



Fui uno de los cuatro hijos de una familia de granjeros del norte de Utah; nuestros padres eran sabios, amorosos y preparados, y me enseñaron muchas y valiosas lecciones. Fuimos instruidos, por medio de la palabra y del ejemplo, a depositar nuestra confianza en el Señor y que “Toda victoria y toda gloria [nos] es realizada mediante [nuestra] diligencia, fidelidad y oraciones de fe” (D. y C. 103:36). Se nos enseñó que debemos ser fieles al Señor Jesucristo y a Sus enseñanzas.

Mientras el Salvador cumplía Su ministerio terrenal, enseñó a Sus discípulos sobre la fe y la fidelidad. Sus palabras aludían a normas nuevas y, aparentemente, exigentes de

conducta (véase Lucas 10–19), por lo que algunos de los discípulos se sintieron abrumados y suplicaron: “...Señor: Auméntanos la fe” (Lucas 17:5). El Salvador respondió con más de lo que nos pudiera parecer una doctrina difícil: una parábola sobre la fe y la fidelidad. En la parábola del siervo inútil, hallamos imágenes de la vida en una granja, imágenes fáciles de comprender, y sus principios siguen tan vigentes hoy como el día en que se administraron.

El siervo y el señor

Jesús comenzó: “¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado...” (Lucas 17:7). En la época de Jesús, los



siervos eran propiedad de los señores, pareciéndose más a un esclavo que a un empleado, y estaban obligados por ley a hacer todo lo que necesitara su señor, como plantar los campos, cuidar del ganado o preparar y servir las comidas. A cambio, el señor cuidaba de sus siervos.

El Salvador prosiguió con la pregunta: "...al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírveme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú?" (versículos 7-8). El deber del siervo era atender en primer lugar a las necesidades de su señor. Resultaba inconcebible que el señor diera permiso al siervo

para cenar mientras su cena estaba sin preparar.

Jesús concluyó la parábola con una pregunta retórica: "¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no" (versículo 9). El siervo no debía esperar que se le agradecieran sus esfuerzos ya que, después de todo, no estaba sino haciendo lo que ya se había comprometido a hacer.

Para asegurarse de que Sus discípulos comprendieran el propósito de Su parábola, el Salvador recalcó: "Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos"

En la época de Jesús, los siervos estaban obligados por ley a hacer todo lo que necesitara su señor, como plantar los campos, cuidar del ganado o preparar y servir las comidas. A cambio, el señor cuidaba de sus siervos.

(versículo 10). Puesto que el señor había provisto para todas las necesidades del siervo, los esfuerzos de éste no eran sino el cumplimiento de sus obligaciones para con su señor, es decir, su deber.

Considero que en esa parábola, Jesús estaba enseñando a Sus discípulos sobre la fe y la fidelidad, principios que yo comencé a aprender de niño en la granja.

Los principios de la fidelidad y la valía

Imagínense a cuatro muchachos que crecen en una granja. Para nosotros la fidelidad era sinónimo de ir la milla extra. Significaba que no era necesario que se nos dijera todo lo que teníamos que hacer y que debíamos anticipar lo que hiciera falta y después hacerlo. Alimentar al ganado no era

sólo cuestión de arrojarle heno, grano o ensilaje en el pesebre, sino que incluía recoger el alambre de las pacas, el heno esparcido y el grano derramado. Cuidar del ganado consistía también en inspeccionar los cercos y las puertas, limpiar y poner paja nueva en los establos y ver si había animales enfermos o cojos.

Sembrar los campos era algo más que simplemente manejar el tractor de un extremo a otro, sino que incluía el montaje adecuado del arado, el hacer el trabajo con precisión (muy próximo a los cercados y las acequias), el mantenimiento de la maquinaria y el devolver las herramientas y el equipo a su sitio.

La mesa donde cenábamos era más que un lugar donde comer: era un lugar de instrucción, donde se comparían sentimientos y experiencias, donde se trazaban planes para el futuro. Nuestro hogar no era sólo el sitio donde vivíamos, sino un lugar que había que mantener limpio y en buenas condiciones, y se esperaba nuestra total participación. Las camas no sólo servían para dormir, sino que había que hacerlas a diario y cambiar las sábanas cada semana. No sólo comíamos en los platos, sino que había que lavarlos y colocarlos en sus estantes correspondientes. Las frutas y las verduras no eran sólo para nuestro voraz consumo, sino para envasarlas, enlatarlas o congelarlas.



En nuestra familia granjera, la valía se entendía como el cumplimiento fiel de nuestros deberes más allá de los mínimos exigidos.

La tareas de la casa formaban parte de nuestros deberes de chicos, y aprendimos el antiguo dicho de : “Si el trabajo vale la pena, vale la pena hacerlo bien”.

La valía se entiende como el cumplimiento fiel de nuestros deberes más allá de los mínimos exigidos. Consiste en trabajar a un ritmo que represente el mejor de nuestros esfuerzos y que sea bastante más de lo mínimo que se podría esperar de nosotros. A mis hermanos y a mí nos resultaba útil contemplar los fieles ejemplos de valía de nuestros padres. Al fin de una larga jornada de trabajo en la granja, nuestro padre cumplía con sus asignaciones de orientación familiar y aceptó y magnificó muchos llamamientos en el transcurso de su vida. Además de apoyar a su marido en la granja y en sus responsabilidades en el sacerdocio,

nuestra madre tenía también muchas responsabilidades en el barrio y en la estaca. Nuestros padres fueron fieles; de hecho, fueron valientes.

De vez en cuando oímos a algunos de los miembros de la Iglesia expresar la idea de que es difícil ser fiel en el mundo de hoy, y dicen: “Es difícil pagar un diezmo íntegro”, “es difícil ser moralmente limpios”, o incluso, “es difícil ser Santo de los Últimos Días”. El hecho de que algunas cosas sean difíciles no es novedoso para quienes han abrazado el Evangelio de Jesucristo. Él nos dará, en abundancia, la fuerza que nos ayude a hacer esas cosas difíciles.

Jesús enseñó muchas cosas difíciles a Sus discípulos (véase Juan 6:60).

¿Qué diría el Salvador si tuviéramos la tendencia a decir que nuestra suerte es difícil o demasiado compleja? Tal vez nos preguntaría, como hizo con Sus apóstoles: “...¿Queréis acaso iros también vosotros?” (Juan 6:67). Ruego que podamos reconocer Su generosidad y misericordia para con nosotros y que respondamos como Pedro: “...Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Juan 6:68–69).

La fidelidad, incluso a aquellas doctrinas que consideramos difíciles, es una virtud que el Salvador inculcó en

Sus discípulos; sin embargo, Jesús quería también que entendieran que el complacer al señor es más que una simple ética de trabajo; Él les enseñó que se trata además de un asunto del corazón y de su relación con su Señor celestial.

Los principios de la fe y la gracia

De niños en la granja, reconocimos que debíamos todo, física y espiritualmente, al Señor y a nuestros padres. Se nos enseñó, como Amulek enseñó a los zoramitas, a orar “tanto por la mañana, como al mediodía y al atardecer” por nuestro bienestar y por el de nuestro prójimo (véase Alma 34:19–27). Las oraciones personales y familiares eran parte de nuestras experiencias cotidianas. Aprendimos por medio del precepto y del ejemplo a tener fe en el “Señor de la cosecha” (véase Alma 26:7). Tras arar, plantar, regar y cultivar los campos, depositamos nuestro destino en Sus manos. Trabajábamos con denuedo, pero sabíamos que sin el sol y la lluvia, la gracia y la misericordia de Dios, así como la benevolencia de unos padres amorosos, no podríamos lograr nada.

¿No es acaso la fe y la dependencia de Dios lo que enseña el rey Benjamín cuando dice: “...si diereis todas las gracias y alabanza que vuestra alma entera es capaz de poseer, a ese Dios que os ha creado... si lo sirviereis con toda vuestra alma, todavía seríais servidores inútiles... Y ahora pregunto: ¿Podéis decir algo de vosotros mismos? Os respondo: No. No podéis decir que sois aun como el polvo de la tierra” (Mosíah 2:20–21, 25).

Estamos en deuda con Dios por nuestra vida misma. Si obedecemos los mandamientos, lo cual es nuestro deber, Él nos bendice de inmediato; por tanto, estamos continuamente en deuda con Él y le somos inútiles. Sin la gracia, nuestra valía sola no podría salvarnos.



El élder Neal A. Maxwell, del Quórum de los Doce Apóstoles, ha escrito al respecto de esta parábola:

“La generosidad [o la gracia] de Dios para con nosotros no se expresa con una disminución de los deberes que nos impone. Donde mucho se da, mucho se requiere, y no al revés. La generosidad divina tampoco se expresa con una atenuación de Sus normas en cuanto a lo que hay que hacer. ¡Muy al contrario, cuando mucho se da, y el discípulo lo hace, la generosidad de Dios es asombrosa!

“Después de hacer todo lo que esté a nuestro alcance, un día recibiremos ‘todo lo que [nuestro] Padre tiene’ [D. y C. 84:38]. Ahí está la generosidad de Dios. Si cumplimos con nuestro deber, Él está obligado, felizmente obligado”¹.

En la parábola del siervo inútil, el Salvador enseñó a Sus discípulos, y a nosotros, sobre la fe y la fidelidad, sobre la valía y la gracia. Seamos valerosos al hacer más de lo mínimo que se espera de nosotros. Ruego que podamos reconocer con gratitud que sólo Su gracia basta para que seamos perfectos en Él (véase Moroni 10:32–33). ■

NOTA

1. *Even As I Am*, 1982, pág. 86.

Estamos en deuda con Dios por nuestra vida misma. Si obedecemos los mandamientos, lo cual es nuestro deber, Él nos bendice de inmediato; por tanto, estamos continuamente en deuda con Él y le somos inútiles. Sin la gracia, nuestra valía sola no podría salvarnos.

Aquel libro

Durante mucho tiempo no le presté nada de atención a aquel libro, pero cuando finalmente lo abrí, cambió mi vida por completo.

POR SUWIT SAISAM-ANG

Tuve varias oportunidades de echar mano de aquel libro azul, y al hacerlo, quise leer más y más. Descubrí que el Señor tenía un plan para mi vida.

Cuando me trasladé a una residencia de estudiantes universitarios en Khon Kaen, Tailandia, me fijé en un libro azul que estaba en un rincón del cuarto. Nunca lo tomé, y allí se quedó hasta que me mudé a otro lugar muchos meses después.

Después de graduarme de la universidad, regresé a mi pueblo natal de Kalasin. Un día, mientras visitaba a un amigo, vi un libro azul sobre su televisor que me recordó al que yo había visto anteriormente en mi dormitorio. “¿Dónde encontraste ese libro?”, le pregunté. Me dijo que se lo habían dado los misioneros. Le conté que había visto un libro parecido pero que no sabía nada de él. Mi amigo tampoco lo había leído.

Tomé el libro y leí las palabras de la tapa: “El Libro de Mormón: Otro testamento de Jesucristo”. Luego, lo abrí al azar por Jacob 5 y empecé a leer sobre un olivo cultivado y uno silvestre, y aunque no entendí el significado de la alegoría, su lectura me produjo un sentimiento de felicidad.

Con el paso de los días, descubrí que deseaba leer más, así que volví a la casa de mi amigo para tomar prestado el libro. Al llegar, mi amigo estaba conversando con dos

misioneros, los élderes Reid y Haroldsen, que concertaron una cita conmigo. Fueron tal como prometieron y compartieron conmigo su creencia en el plan de nuestro Padre Celestial. Mientras hablaban, podía sentir el amor del Padre.

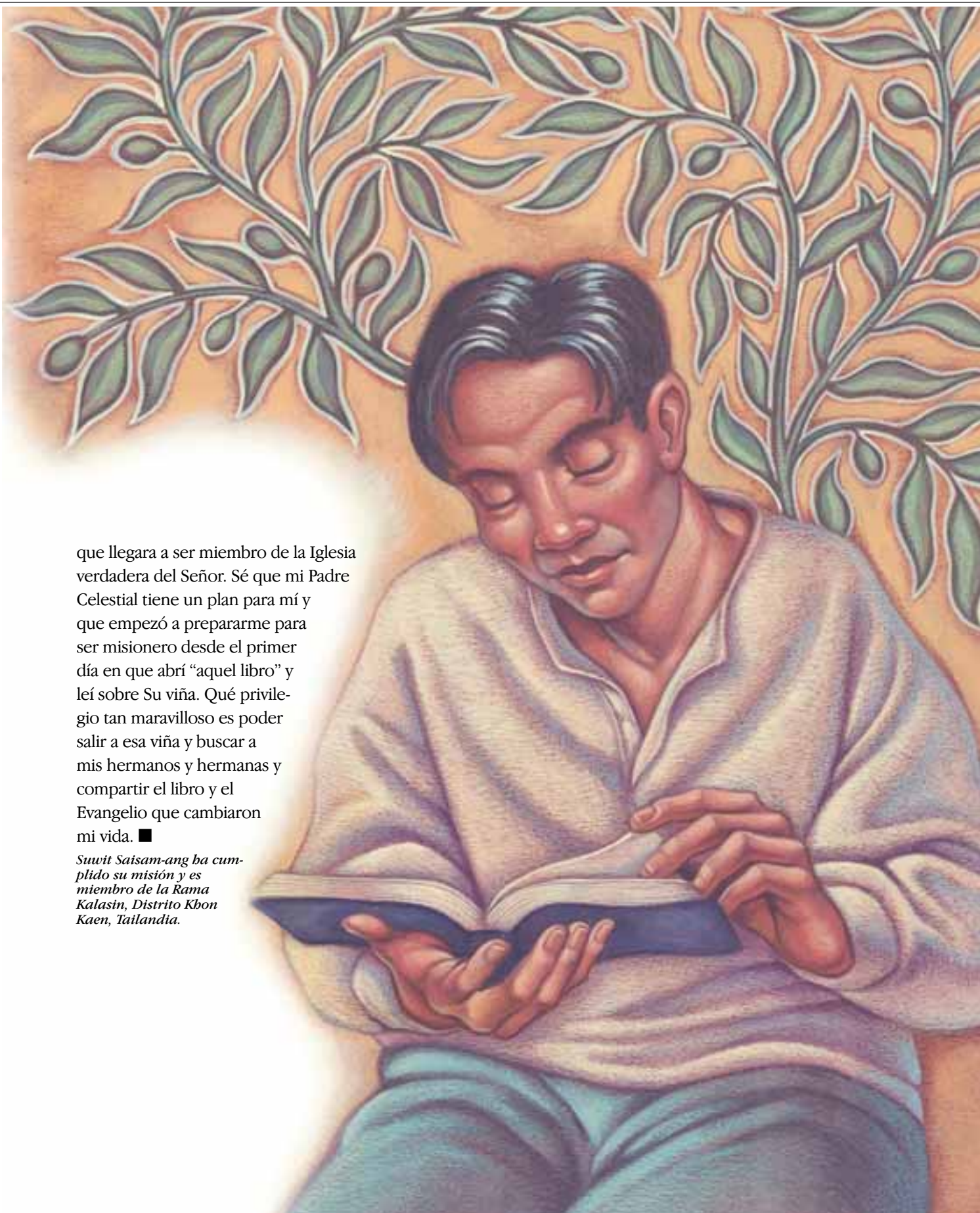
Acepté su invitación de asistir a las reuniones dominicales, y aunque sólo había 10 personas presentes, sentí mucho amor por la Rama Kalasin y accedí a regresar nuevamente.

Me bauticé el 21 de marzo de 1999 y, poco después, empecé a colaborar con los misioneros; conforme observaba sus esfuerzos por proclamar el Evangelio, pude sentir el amor de Dios por Sus hijos.

Dos meses después de mi bautismo, mi hermana mayor obtuvo su propio testimonio y también se bautizó, y un mes después lo hizo mi sobrina. Con la ayuda de los miembros, nuestra pequeña rama triplicó su número en poco tiempo, con una asistencia regular de cerca de 30 miembros.

Un año después de mi bautismo, recibí el llamado a servir en una misión de tiempo completo en Bangkok, Tailandia, y mi hermana recibió su llamamiento a la misma misión.

Sé que no fue suerte ni coincidencia el



que llegara a ser miembro de la Iglesia verdadera del Señor. Sé que mi Padre Celestial tiene un plan para mí y que empezó a prepararme para ser misionero desde el primer día en que abrí “aquel libro” y leí sobre Su viña. Qué privilegio tan maravilloso es poder salir a esa viña y buscar a mis hermanos y hermanas y compartir el libro y el Evangelio que cambiaron mi vida. ■

Suwit Saisam-ang ha cumplido su misión y es miembro de la Rama Kalasin, Distrito Khon Kaen, Tailandia.



En casa con el matrimonio Hinckley

Cuando la hermana Marjorie Pay Hinckley se pone de pie ante un púlpito para dirigirse a multitudes de Santos de los Últimos Días, inmediatamente nos hace sentir como en casa. Con su encantador humor y genuino amor, conversa con nosotros como si formáramos parte de su familia. Luego, como si de nuestra propia madre o abuela se tratara, nos dice que está orgullosa de nosotros y nos anima al decirnos que, con la ayuda del Señor, podemos sobreponernos a las dificultades de la vida y tener gozo.

Cuando su esposo, el presidente Gordon B. Hinckley, habla desde el púlpito, a menudo adopta el papel de un padre o de un abuelo amoroso que nos enseña a ser mejores hijos, padres, cónyuges y parientes.

A cualquier parte de la Iglesia que vayan, parece que siempre son parte de una “gran familia”, aparte de sus 5 hijos, sus 25 nietos y sus 35 bisnietos. Al enseñar un estilo de vida que han ejemplificado a lo largo de más de 90 años de vida y de 66 de matrimonio, el matrimonio Hinckley está notablemente capacitado para aconsejarnos sobre los papeles más importantes que desempeñaremos. Hace poco conversaron con editores de las revistas de la Iglesia sobre cómo fortalecer el matrimonio y la familia.

Marjorie Pay Hinckley (arriba, poco antes de su matrimonio en 1937) y Gordon B. Hinckley (arriba en la foto de graduación universitaria en 1932) han pasado 66 años caminando juntos en un compañerismo de amor.

“ME PERMITIÓ TOMAR MIS PROPIAS DECISIONES Y DETERMINAR MI PROPIO CAMINO”

Revistas de la Iglesia: ¿Cómo han conseguido ser felices en su matrimonio por tanto tiempo?

Presidente Hinckley: La base de un buen matrimonio es el respeto mutuo, el velar por la comodidad y el bienestar del cónyuge. Ésa es la clave. Si los esposos piensan menos en sí mismos y más en sus cónyuges, tendríamos hogares más felices en la Iglesia y en todo el mundo.

Revistas de la Iglesia: Hermana Hinckley, usted ha dicho en referencia a su esposo: “Siempre me dio libertad para hacer las cosas a mi manera. Jamás insistió en que hiciera todo a la manera de él o de cualquier otra. Desde el principio me permitió tomar mis propias decisiones y determinar mi propio camino”¹. ¿Cómo lo hizo?

Hermana Hinckley: Nunca me ha dicho lo que debo hacer; me deja elegir. Me ha hecho sentir como una verdadera persona y me ha animado a hacer aquello que me hiciera feliz; en realidad, no intenta controlarme ni dominarme.

Revistas de la Iglesia: Presidente, usted ha dicho: “Algunos maridos piensan que tienen el derecho de obligar a sus esposas a adecuarse a las normas de lo que ellos consideran ideales; pero así jamás funciona”². ¿Ha evitado hacer eso con la hermana Hinckley?

Presidente Hinckley: Me he esforzado por reconocer la individualidad de mi esposa, su personalidad, sus deseos, su experiencia, sus ambiciones. Déjenlas volar, sí, idéjenlas volar! Permítanles desarrollar sus propios talentos, hacer las cosas a su manera. Quítense de en medio y maravíllense de lo que hacen.





Arriba: Gordon B. Hinckley cuando trabajaba para la Iglesia en 1935.



El presidente Hinckley dice que en cuanto a la vida feliz de ellos, el mérito es de su esposa (arriba con dos de sus hijos en 1943).

Revistas de la Iglesia: ¿Cuáles son algunas de las cosas que hace ella y que tanto le maravillan?

Presidente Hinckley: Pues, muchas cosas...

Hermana Hinckley (sonriendo): Se lo ha puesto difícil.

Presidente Hinckley: ...se ha hecho cargo de la casa todos estos años. Cuando los niños eran pequeños, yo solía estar gran parte del tiempo viajando debido a mis asignaciones en la Iglesia. En aquel entonces, cuando yo era responsable de la obra en Asia, asignación que tuve durante mucho tiempo, podía llegar a estar fuera casi dos meses seguidos. Por aquel entonces no podíamos llamarnos por teléfono muy a menudo; pero ella se hizo cargo de todo. Atendió la casa y se ocupó de los niños.

Teníamos un huerto en el patio trasero y cuando una vez volví de una de esas largas asignaciones, descubrí que en ese lugar habían plantado césped. Ella y los niños habían preparado la tierra, plantado la simiente, ¡y teníamos un hermoso césped! El huerto no sufrió porque pudimos plantar otro hacia el sur, pero todo el patio trasero se convirtió en un hermoso terreno cubierto de césped.

Era muy propio de su forma de hacer las cosas. Ella era independiente y tenía buen ojo para la belleza.

“PREFIERO REÍR”

Revistas de la Iglesia: Hermana Hinckley, usted ha dicho: “En esta vida, la única forma de sobrellevar los problemas es reírse. O se llora o se ríe, y yo prefiero reír, ya que llorar me produce jaqueca”³.

Hermana Hinckley: Si no podemos reírnos de la vida, lo vamos a pasar muy mal.

Revistas de la Iglesia: ¿Recuerda alguna ocasión en que la risa fuera la mejor medicina?

Hermana Hinckley: Casi cualquier ocasión. Una vez, cuando nuestros hijos eran pequeños, preparé un guiso. Me había salido muy bueno, pero al retirarlo del horno, nuestro hijo Dick dijo: “¿Por qué has hecho esa bazofia?”.

Revistas de la Iglesia: ¿Qué edad tenía él?

Hermana Hinckley: Catorce años, ¡una buena edad para saber medir sus palabras!

“TODOS DISFRUTAN CON TODOS”

Revistas de la Iglesia: ¿Qué hacen ustedes para mantener unida a la familia?

Presidente Hinckley: Bueno, hemos hecho muchas cosas a través de los años, quiero decir muchas. Desde que los niños eran pequeños, siempre hemos intentado ir juntos a algún lugar durante el verano, hacer turismo. Y seguimos haciéndolo aún después de casarse nuestros hijos.

En una ocasión mi esposa dijo que uno de

El matrimonio Hinckley cuando el presidente Hinckley fue llamado como Autoridad General.



sus mayores deseos era pasear por las calles de Hong Kong con nuestros hijos, así que aquella vez fuimos a Asia. En otra ocasión dijo que le gustaría pasear por las calles de Jerusalén con ellos, por lo que dispusimos la economía familiar y nos fuimos todos a Jerusalén. Hemos pasado muy buenos momentos juntos.

Quiero decir algo a su favor: nuestros hijos disfrutaban de la compañía de sus hermanos. Aún solemos reunirnos una vez al mes para celebrar una noche de hogar con todos los miembros de la familia: los hijos, los nietos y los bisnietos que estén en la ciudad. No es más que una extensión de lo que hicimos cuando nuestros hijos eran pequeños. Siempre teníamos la noche de hogar y cuando me hallaba de viaje, mi esposa seguía adelante con la noche de hogar y otras cosas importantes. Ella simplemente hacía que todo siguiera su marcha.

Revistas de la Iglesia: Describanos cómo es una noche de hogar con toda su familia.

Presidente Hinckley: Comemos juntos, conversamos; lo pasamos bien juntos y comentamos uno o dos temas. Todos disfrutaban con todos, lo cual es algo magnífico hoy en día.

Revistas de la Iglesia: Usted ha mencionado que de pequeño celebraban la noche de hogar en casa de sus padres.

Presidente Hinckley: Es cierto, desde 1915, cuando el presidente Joseph F. Smith anunció el programa. Mi padre dijo: "Vamos a tener noches de hogar". Lo probamos, aunque al principio no tuvimos mucho éxito; pero fuimos mejorando y siempre hemos celebrado la noche de hogar: en la casa de mi padre, en mi casa y ahora mis hijos en sus casas.



El presidente y la hermana Hinckley han viajado juntos por el mundo (derecha), incluso una visita a Canadá para rededicar el Templo de Cardston, Alberta, en 1991 (arriba).

"HAGAN LO MEJOR QUE PUEDAN"

Revistas de la Iglesia: ¿Qué les dirían a los padres que han dado oído al consejo de celebrar la noche de hogar y que guardan sus convenios como mejor saben, pero que aún así tienen un hijo o una hija que se ha alejado de la Iglesia?

Presidente Hinckley: Hagan lo mejor que puedan y después dejen el asunto en manos del Señor. Sigán adelante con fe.

Hermana Hinckley: Nunca se rindan. Jamás se den por vencidos con los hijos.

Presidente Hinckley: Nadie está perdido sino hasta que alguien se da por vencido. Se debe perseverar. Afortunadamente, nosotros no hemos tenido esa experiencia en nuestra familia, por lo cual me siento agradecido. Según lo veo, nuestra familia ha salido sorprendentemente bien y considero que todo se lo debemos a esta mujer.

Hermana Hinckley: Gracias.

Revistas de la Iglesia: ¿Qué aconsejarían a los hijos en cuyos hogares no se celebra la noche de hogar, pero ellos la desean con desesperación?

Presidente Hinckley: Los hijos pueden hacer muchas cosas. Es triste que haya



FOTOGRAFÍA POR GERRY AVANT, CHURCH NEWS.



Arriba: Durante la dedicatoria del Templo de Ciudad de México, México, en 1983.



Arriba: El presidente y la hermana Hinckley con sus hijos, yernos y nueras en el Huerto del Sepulcro en Jerusalén, en 1996.



Arriba: La hermana Hinckley con una hija, una nieta y dos bisnietas. Abajo: Fiesta del cumpleaños 80 del presidente Hinckley.



situaciones así, pero son reales. También los hijos deben hacer todo lo que les sea posible, ya que en muchas ocasiones pueden influir en sus padres. Más de un hogar disfruta ahora de una mejor calidad de vida debido a que los hijos oraron por ello y así lo pidieron a sus padres. Algunos hijos que vivan esas circunstancias desafortunadas pueden tener experiencias edificantes en los hogares de sus amigos de la Iglesia; pero no deja de ser triste el que esos niños no puedan tener las bendiciones y el beneficio de vivir en un hogar donde haya el deseo de vivir el Evangelio y de seguir el programa de la Iglesia.

Revistas de la Iglesia: Usted ha dicho que su padre jamás le puso la mano encima a ninguno de sus hijos cuando los disciplinaba⁴.

Presidente Hinckley: Es verdad. Considero que no hay que pegar a los niños ni nada por el estilo. Se puede disciplinar a los hijos con amor; se les puede aconsejar si tan sólo los padres se toman el tiempo de sentarse tranquilamente con ellos y conversar. Cuéntenles las consecuencias que tiene el mal comportamiento, el no hacer lo justo. Los hijos serían

mucho más felices, y creo que el resto del mundo también.

Mi padre jamás nos puso la mano encima. Poseía una sabiduría muy particular y solía conversar apaciblemente con nosotros; nos cambiaba de sentido cuando íbamos en la dirección equivocada, sin pegarnos ni darnos con la correa, ni nada por el estilo. Jamás he creído en el castigo corporal de los niños; no considero que sea necesario.

Revistas de la Iglesia: Hermana Hinckley, usted ha dicho que “si pegamos a los niños, nunca aprenderán a no pegar a los demás”⁵.

Hermana Hinckley: Cuando mi hija Jane era pequeña, un día me dijo que tenía una amiga que “no la dejaban salir de casa” y le pregunté qué significaba eso. Nosotros hemos permitido que nuestros hijos sacaran sus propias conclusiones. Sabían cuándo hacían algo malo, y lo arreglaban ellos mismos. Un domingo, una de nuestras hijas decidió quedarse en casa en vez de ir a las reuniones; se quedó allí pero se sintió muy sola. Todos estaban en la iglesia menos ella, que no hizo más que sentarse en el césped. No volvió a intentarlo; se dio cuenta de que no era tan divertido. Estaba sola.

“SALIÓ MEJOR DE LO ESPERADO”

Revistas de la Iglesia: Hermana Hinckley, usted ha deleitado a auditorios con su comentario de que cuando su esposo fue llamado como Presidente de la Iglesia, usted se preguntó: “¿Cómo es que una chica como yo se haya metido en un lío como éste?”⁶. Ahora que ha cumplido 66 años de matrimonio con este gran hombre, ¿podría decirnos lo que piensa hoy día sobre ese comentario?

Hermana Hinckley: Bueno, salió mejor de lo esperado. Nuestra vida ha sido espléndida.

Presidente Hinckley: Verdaderamente hemos disfrutado de una buena vida. No tenemos mucho de qué lamentarnos; claro que hemos cometido errores, pero nada que tenga consecuencias graves. Creo que lo hemos hecho bien.

Revistas de la Iglesia: ¿Creen que los jóvenes que se casan actualmente tienen el mismo tipo de problemas que ustedes, o son diferentes?

Presidente Hinckley: Fundamentalmente son los mismos problemas. Nosotros nos casamos durante la Gran Depresión y no teníamos nada. Nadie lo tenía. Creo que todos éramos pobres.

Hermana Hinckley: No sabíamos que éramos pobres.

Presidente Hinckley: Empezamos modestamente y el Señor nos ha bendecido abundantemente. No conozco a nadie que pudiera haber sido más bendecido que nosotros. Hemos tenido problemas y hemos pasado por lo que pasan todos los padres: hijos enfermos y cosas por el estilo. Pero al fin y al cabo, si se es capaz de vivir con una buena mujer durante toda la vida y ver a los hijos madurar y convertirse en personas felices y capaces que se esfuerzan por mejorar el mundo que les rodea, entonces uno puede considerar que su vida ha sido un éxito. No se trata

de cuántos automóviles se tenga, ni de lo grande que sea su casa, ni de nada por el estilo. Lo importante es la clase de vida que se haya llevado.

Revistas de la Iglesia: ¿Cómo tratan ustedes las diferencias de opinión?

Presidente Hinckley: Hemos llegado hasta aquí siendo amables el uno con el otro. Como dije antes, el respeto mutuo es de gran importancia: deben tener respeto el uno por el otro, como individuos, y no procurar que el cónyuge sea una réplica de uno mismo. Deje que su esposa viva su vida a su manera e incentive sus talentos y sus intereses. Entonces se llevarán bien.

Algo que me preocupa es que haya hombres que intentan controlar la vida de sus esposas y decirles todo lo que deben hacer. No funciona así. No habrá felicidad en la vida de los hijos ni de los padres si el varón intenta hacerse cargo de todo y dominar a su esposa. Ambos son socios, son compañeros en esta gran aventura que llamamos matrimonio y vida familiar.

Hermana Hinckley: Me casé bien, ¿no?

Presidente Hinckley (riendo): Nuestra vida ha sido buena. Aún nos queremos. ■

NOTAS

1. Citado por Sheri L. Dew en *Go Forward with Faith: The Biography of Gordon B. Hinckley*, 1996, pág. 141.
2. *Cornerstones of a Happy Home*, folleto, 1984, pág. 5.
3. Citado por Virginia H. Pearce, editora, *Glimpses into the Life and Heart of Marjorie Pay Hinckley*, 1999, pág. 107.
4. Véase "The Environment of Our Homes", *Tambuli*, oct-nov de 1985, pág. 3.
5. Citado en *Glimpses*, pág. 53.
6. Véase *Glimpses*, 108.

Entrevista realizada por Marvin K. Gardner y Don L. Searle.



FOTOGRAFÍA POR GERRY AVANT, CHURCH NEWS.



Arriba: Visita a Fiji en octubre de 1997.

Arriba: En el Parque Nacional Yellowstone.



FOTOGRAFÍA POR GERRY AVANT, CHURCH NEWS.

Arriba: Llegada a Shenzhen, China, en mayo de 1996.

Izquierda: Con su familia, el presidente celebra su cumpleaños 85 en 1995.



Una canción para Ryan

Por Luana Lish

Era uno de esos sábados que se presta para quedarse un rato más en la cama, pero ése era un lujo que iba a ser breve. El molesto sonido del bípér me avisó de un incendio en una planta de cemento cercana. Me apresuré a ponerme el equipo y me dirigí hacia la puerta, agradecida de que el casco cubriera la maraña que era mi cabello. Me había despreocupado por mi aspecto desde que me había unido a la brigada de

bomberos de nuestro pueblo y había llegado a ser técnica en emergencias médicas.

El incendio de la planta de cemento estuvo rápidamente bajo control, pero los bípérs sonaron de nuevo, esta vez solicitando a los técnicos que acudieran a un accidente producido en la autopista en el que había resultado herido un niño de cuatro años. Sabía que iba a resultar difícil, por lo que mi compañero y yo empezamos a orar de inmediato. La verdad es que ningún técnico en emergencias médicas puede decir que no le afecta el tener que atender a niños heridos de gravedad.

Al llegar, vimos una camioneta

volcada en medio de los dos carriles y me apresuré a buscar a nuestro paciente, creyendo que aún se encontraba en el vehículo. Pero me llamaron del otro lado de la calzada, donde varias personas rodeaban el pequeño cuerpo del niño. Una de ellas era médico; me hizo un resumen de las heri-

Mi pequeño paciente lloraba y yo sólo quería librarle de sus heridas y consolar a su asustada madre. Mis manos iniciaron las rutinas que tan bien conocía, pero me sentía incapaz.



das más graves del pequeño y luego desapareció entre la gente. Una mujer había tomado al niño de la mano y lo estaba consolando. Le pregunté si sabía cómo se llamaba: “Se llama Ryan”, dijo, “soy su mamá”. Sorprendentemente, ni ella ni sus otros dos hijos mayores estaban heridos.

Los técnicos en emergencias médicas siguen determinados protocolos para asegurarse de que se proporcione el mejor cuidado a nuestros pacientes, pero ninguno de esos procedimientos nos prepara para el sufrimiento humano al que hacemos frente cuando intervenimos en accidentes tan horripilantes. Recuerdo que repasé mi capacitación mentalmente, pero a la vez me sentía abrumada. Mi pequeño paciente lloraba y yo sólo quería apaciguar sus temores, librarle de sus heridas y prometerle a su asustada madre que todo iba a estar bien. Mis manos iniciaron las rutinas que tan bien conocía, pero me sentía incapaz, tan sola. Mi compañero no podía ayudarme con Ryan porque estaba atendiendo al padre del pequeño, que aún estaba atrapado en el vehículo.

Las ambulancias no tardaron en llegar y se me encargó estabilizar la cabeza de Ryan de camino al hospital. Me arrodillé a su lado y le hablé con calma, pero él no dejaba de llorar y de retorcerse de dolor. Me preocupaba que se hiciera más daño, pero inmovilizarle podría ocasionarle otro tipo de problemas.

Llegado a ese punto, mis oraciones se volvieron más intensas y le pedí a mi Padre Celestial que me bendijera para saber cómo consolar y calmar a Ryan y aliviar su dolor. En ese instante recibí una impresión:

“Cántale”. Vacilé. Me preguntaba si había entendido correctamente. Después de todo, yo era una profesional; ¿sería apropiado que una profesional cantara en una ambulancia a un paciente gravemente herido?

Ryan lloraba y nuevamente recibí la impresión con claridad: “Cántale”. Mientras le sostenía la cabeza, me acerqué a su oído y empecé a cantar: “Yo soy como estrella que brilla para todo el que la ve. Con felicidad mostraré bondad porque me ama mi Padre, yo sé” (“Yo soy como estrella”, *Canciones para los niños*, pág. 84). Mientras cantaba, Ryan se tranquilizó. Canté “Soy un hijo de Dios” y muchas otras canciones de la Primaria. Me di cuenta de que Ryan era Santo de los Últimos Días cuando me percaté de que su madre, aunque muy preocupada, intentaba cantar conmigo. En más de una ocasión los paramédicos se asustaron porque Ryan estaba demasiado quieto, pero el pequeño reaccionaba si se le pedía hacer algo. Seguí cantando todo el camino hasta el hospital e inclusive hasta entrar en la sala de emergencias, donde el equipo de traumatología se hizo cargo de él.

Ese mismo día, regresé al hospital más tarde para ver cómo estaban Ryan y su padre. Me informaron de que Ryan había sido operado, que ahora la situación era estable y que se encontraba bien. Y si bien tanto él como su padre tendrían que permanecer bastante tiempo en el hospital para recuperarse, me sentí agradecida por las noticias. Ryan y yo nos hicimos muy buenos amigos y aún aguardo cada año a recibir de él una tarjeta de Navidad con una foto suya.

Siempre recordaré una oración

contestada cuando mi pequeño paciente se tranquilizó casi al instante como reacción a las canciones que él amaba y que le recordaban lo mucho que le ama su Padre Celestial. La eficacia de la medicina de emergencia es, ciertamente, una maravilla, pero la belleza y la sencillez de unas cuantas canciones de la Primaria permanecerán para siempre en mi recuerdo como un milagro dulce y profundo.

Luana Lish es miembro del Barrio Rapid Creek, Estaca McCammon, Idaho.

Algo más que otro negocio

Por Yolanda Zayas

Aunque mi esposo y yo procedíamos de familias con principios religiosos y morales, no estábamos satisfechos con el progreso espiritual de nuestra familia. Yo asistía a la misma iglesia en la que me había criado, acompañada de mis tres hijos, Beverly, Janice y Ralph. Raúl, mi esposo, no iba a la iglesia porque creía que todas las iglesias eran un negocio; creía que estaban altamente comercializadas y que muchos de sus líderes se aprovechaban de las donaciones de los miembros. También creía que la literatura religiosa no se debía vender sino dar gratuitamente a la gente que tuviera interés en ella.

Por casualidad, en febrero de 1986 mi esposo tuvo la ocasión de ver a dos misioneros Santos de los Últimos Días que pasaban por nuestra casa y les indicó que quería hablar con ellos. Él quería saber si la Iglesia a la que representaban tendría interés en adquirir



un terreno para construir un centro de reuniones. Mi esposo está en el negocio inmobiliario y vio aquel encuentro como una venta potencial.

Los misioneros no pudieron informarle al respecto, pero no desaprovecharon la oportunidad de fijar una cita para conversar sobre el Evangelio restaurado. Mi esposo estaba convencido de que ésta era una iglesia como las demás con las que había tenido algún contacto, por lo que les pidió que regresaran al día siguiente. Quería demostrarles que su iglesia simplemente utilizaba a Dios para hacer negocios.

Al día siguiente recibimos a los misioneros con cierta desconfianza, pero al hablarnos sobre la Iglesia y su historia, comenzamos a sentir algo muy especial en el corazón. Al marcharse, nos dieron unos ejemplares del Libro de Mormón; mi esposo les preguntó cuánto costaban, pero para su sorpresa, los libros eran gratuitos. Su sorpresa fue aún mayor cuando se

Los misioneros nos dieron unos ejemplares del Libro de Mormón; mi esposo les preguntó cuánto costaban, pero para su sorpresa, los libros eran gratuitos.

dio cuenta de que esta Iglesia no era un negocio, por lo que se interesó y comenzó a hacer todo tipo de preguntas a los misioneros.

A partir de entonces, fuimos a las reuniones de la Iglesia cada domingo y para el 15 de julio de 1987, toda la familia se había convertido. Nos bautizamos y luego nos sellamos como familia por la eternidad en el templo. Nuestro hijo, Ralph, sirvió como misionero de tiempo completo y posteriormente se casó en el templo. Nuestras dos hijas se han casado en el templo con ex misioneros y ahora tenemos nueve nietos hermosos y sanos.

Mi esposo y yo hemos servido en muchos llamamientos en la Iglesia y hemos seguido creciendo espiritualmente y ayudando a que el Evangelio crezca en nuestra rama, situada en el sur de nuestra hermosa y encantadora isla, Puerto Rico. Mi marido ha sido presidente de la Rama Salinas en dos ocasiones. La obra ha sido dura, pero sabemos que nuestro ejemplo como rama ha esparcido muchas semillas por nuestra pequeña ciudad.

¿Qué más se podía pedir de nuestro Padre Celestial? Nuestra gratitud es eterna. Lo que empezó como una simple conversación sobre una venta y un esfuerzo por demostrar que la Iglesia era un negocio, se convirtió en la transacción celestial más grande posible para nuestra familia: la oportunidad de estar unidos los unos a los otros, a nuestro Salvador Jesucristo y a nuestro Padre Celestial.

Yolanda Zayas es miembro de la Rama Salinas, Distrito Guayama, Puerto Rico.

Fui guiada a la Iglesia

Por Yadamsuren Munkhtuya

Crecí en Mongolia y creía en el budismo, pero un día una amiga fue a mi casa. Era miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y me habló sobre Jesucristo y me invitó a asistir a su Iglesia. No le hice caso, pero volvió otra vez y yo seguí sin prestarle atención.

Unas semanas después de su visita, tuve un sueño. Una voz me decía que fuera a la iglesia. Yo preguntaba:

“¿Qué? ¿A qué iglesia? No entiendo”. La voz me dio instrucciones sobre cómo llegar. Se me dijo: “Mañana por la mañana ve a esta iglesia. Cuando entres, habrá dos misioneros para recibirte”.

Al despertarme por la mañana, estaba confusa. “¿Quién me había visitado durante el sueño? ¿Quién me había hablado?”, me preguntaba. Pero decidí ir a la iglesia.

Seguí las instrucciones y encontré la iglesia. En la puerta había dos

misioneros para recibirme. Me estrecharon la mano y me invitaron a asistir a la reunión. Los miembros eran amables y todos sonreían. Me sentí muy feliz.

Después de la reunión sacramental, los misioneros me invitaron a recibir las charlas y yo accedí.

Cuando los élderes Johnson y Sampson me enseñaron la primera charla, me quedé confusa, pero ellos volvieron a explicármela por entero. Tenían un testimonio poderoso.


Les hice muchas preguntas y ellos siempre las respondían. Leyeron las Escrituras conmigo, me invitaron a orar sobre lo que habían compartido conmigo y se fueron.

Estaba contenta y decidí preguntarle a Dios si lo que estaba aprendiendo era verdad, así que me arrodillé y oré: “Si Dios vive y me ama, si Jesucristo vive y esta Iglesia es verdadera, ayúdame a sentir el Espíritu”. Después de orar, tenía un sentimiento bueno y agradable en el corazón. Me sentía como si volara. Percibí la respuesta en mi interior: “Dios vive. ¡Él te ama! Jesucristo vive. No te confundas; ésta es la única Iglesia verdadera”. Sabía que se trataba del Espíritu Santo que testificaba de la verdad y que había recibido mi respuesta de Dios.

Dos días después, los misioneros volvieron a mi casa. Les hablé de los sentimientos que había tenido y de mi deseo de bautizarme. Era tan feliz que di saltos de alegría. Durante las tres semanas siguientes, los misioneros me enseñaron el resto de las charlas y me bauticé.

Sé que Dios vive y que me ama, que Jesucristo es nuestro Redentor y Salvador. Sé que José Smith vio a Dios el Padre y a Su Hijo, Jesucristo. Siento amor por el Libro de Mormón y sé que es la palabra de Dios. Ahora presto servicio en una misión de tiempo completo en Raleigh, Carolina del Norte, en los Estados Unidos. Me encanta la misión. Ésta es la obra del Señor y estoy muy agradecida porque fui guiada a la Iglesia verdadera de Jesucristo. ■

Yadamsuren Munkbtuya ha finalizado la misión y es miembro de la Rama Old Darkham, Distrito Ulan Bator Norte, Mongolia.



Una voz me dijo en un sueño que fuera a la iglesia. “¿A qué iglesia?”, pregunté. La voz me dio instrucciones sobre cómo llegar. “Cuando entres, habrá dos misioneros para recibirte”.

SOMOS *hijas* DE UN
Padre Celestial
QUE NOS AMA

POR SUSAN W. TANNER

Presidenta general de las Mujeres Jóvenes



Al contemplar en la sala de clases los rostros tímidos pero ansiosos de las jóvenes de doce años, pensé en la primera línea del lema de las Mujeres Jóvenes: “Somos hijas de un Padre Celestial que nos ama”.

Me preguntaba: “¿Cómo saben estas jóvenes que nuestro Padre Celestial las ama?”; así que les hice la pregunta.

Muchas agacharon la cabeza o hicieron un movimiento nervioso con los pies, pues no querían que se les preguntara. Era evidente que necesitaban algo de tiempo para pensar en la pregunta y tal vez la oportunidad de contestarla en privado. “Piensen en ello durante la lección”, dije.

Halleemos Su amor en nuestra vida

Hacia el fin de la clase, les entregué unas hojas de papel y les pedí que, de forma anónima, escribieran cómo es que sabían que su Padre Celestial las amaba. Mientras se afanaban por contestar, oí comentarios del tipo: “Es *muy* difícil” y “No estoy segura de *saberlo*”. Me impresionó especialmente una joven, Jocelyn, que había estado llorando durante casi toda la lección. Cuando leí sus respuestas en privado, supe cuál era la hoja de ella, pues simplemente decía: “Él salvó a mi mamá”.

Su madre es una de mis queridas amigas y también yo había orado fervientemente por ella. La acababan de operar del corazón y estaba a punto de abandonar el hospital cuando se le reventó una arteria del bazo. En cuestión de minutos se encontró en las puertas de la muerte. Un equipo de médicos trabajó sin descanso para reanimarla lo suficiente para someterla a una



Me preguntaba cómo sabían estas jóvenes que nuestro Padre Celestial las ama, así que les hice la pregunta.



Me sentí consternada por la respuesta de la joven. ¿Y si nuestro Padre Celestial no hubiera salvado a su madre? ¿Sabría a pesar de ello que Él la ama?

operación de emergencia. La única forma de describir su recuperación es “milagrosa”. Fue una respuesta a muchas oraciones, entre ellas la de Jocelyn y la mía. Fue un poderoso testimonio del amor de Dios.

No obstante, me sentí consternada por la respuesta de la joven. ¿Y si nuestro Padre Celestial no hubiera salvado a su madre? ¿Sabría a pesar de ello que Él la ama? ¿Sería capaz de sentir el amor del Señor aun en medio de las inevitables aflicciones y tragedias de la vida?

Entonces pensé en mi sobrina Ashley. También ella conoce el amor que nuestro Padre Celestial tiene por ella, aun cuando su experiencia es la opuesta a la de Jocelyn.

Hará casi un año que Ashley caminaba con sus padres por unas rocas cercanas al mar y próximas a su hogar en el norte de California. Su padre estaba sacando

fotografías de escenas bonitas para las acuarelas que iba a pintar, cuando de la nada y sin previo aviso, apareció una enorme ola que cubrió toda la costa y lanzó a su padre al mar y arrojó a su madre contra las rocas. Ashley estaba tierra adentro, bien alejada de la ola asesina. Aterrorizada por lo que había presenciado, se echó a correr en busca de ayuda.

En cuestión de minutos un hombre con un teléfono celular (móvil) marcó el número de emergencia y se inició el rescate. La madre había caído en un lugar al que sólo se podía llegar por helicóptero; padecía un terrible dolor, pues tenía la espalda y un brazo rotos, así como numerosas heridas y contusiones causadas por las afiladas rocas y el mar embravecido. Mientras tanto, el padre de Ashley había desaparecido. Mientras la madre de la joven estaba en el borde del mar aguardando ser rescatada, sintió la





Sadrac, Mesac y Abed-nego tuvieron fe y fueron preservados del horno ardiente. El profeta Abinadí confiaba igualmente en el Señor, pero su vida no fue preservada. Sin embargo, todos sabían que el Señor los amaba.

presencia de su marido y supo sin duda alguna que había muerto. El cuerpo de él jamás fue recuperado.

Nuestro Padre Celestial no salvó al padre de Ashley, pero a pesar de ello, Ashley sabe que Él la ama, y dice: “Durante ese tiempo, sentí el consuelo del Espíritu Santo. Sabía que volvería a ver a mi padre y también sentí el amor del Señor a través de las amables atenciones de los demás”.

Cada semana, las jóvenes de la Iglesia y sus líderes se ponen de pie y declaran: “Somos hijas de un Padre Celestial que nos *ama*...”. ¿*Verdaderamente* lo sabemos? ¿Lo sabemos con tanta certeza de manera que ese conocimiento nos fortalezca y nos sostenga? ¿Cómo podemos conocer y percibir aún más Su amor? Los ejemplos de Jocelyn y de Ashley sugieren que podemos llegar a conocer el amor de Dios en nuestra vida tanto a través de nuestras dichas como de nuestros pesares.

Encontramos Su amor en las Escrituras

Mientras consideraba estos relatos tan diferentes, recordé un par de ejemplos similares de las Escrituras: la liberación de Sadrac, Mesac y Abed-nego del horno de fuego y el martirio de Abinadí por fuego.

Sadrac, Mesac y Abed-nego eran siervos fieles del Señor; sabían que Él los amaba. Confiaban en que los preservaría del horno ardiente, si tal era Su voluntad. “He aquí”, dijeron, “nuestro Dios a quien servimos puede librar-nos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librá” (Daniel 3:17). No sólo tenían fe en que el Señor los salvaría, sino que, aún más importante, confiaban en Su voluntad respecto a ellos, ya sea que fuesen protegidos o no. El sorprendido rey Nabucodonosor presenció el milagroso rescate y reconoció el poderoso amor que Dios tenía hacia “sus siervos que confiaron en él” (Daniel 3:28).

Abinadí, profeta del Libro de Mormón, confió igualmente en el Señor cuando se enfrentó a la amenaza de la muerte por fuego. El rey Noé dijo: “...se te quitará la vida, a menos que te retractes de todas las palabras que has hablado para mal contra mí y mi pueblo” (Mosiah 17:8).

Abinadí rehusó con valentía y cuando llegó el momento de ser quemado, no se obró milagro alguno para su salvación. “...cayó, habiendo padecido la muerte por fuego; sí, habiéndosele ejecutado porque no quiso negar los mandamientos de Dios, habiendo sellado la verdad de sus palabras con su muerte”

En ocasiones Dios nos bendice al concedernos los deseos de nuestro corazón, y otras veces lo hace con el consuelo y la fortaleza necesarios para sobrellevar la carga de aquellos deseos incumplidos o hechos añicos.

(Mosiah 17:20). También él confió en el amor y en la voluntad de Dios respecto a él.

Sadrac, Mesac y Abed-nego fueron preservados de la muerte por fuego, pero Abinadí no. Sin embargo, el Señor los amaba a todos y ellos lo sabían.

Los finales de ambos relatos sugieren que el amor de Dios trasciende las experiencias terrenales que tengamos. Su amor es más grande que lo bueno o lo malo que pueda sucedernos. En ocasiones nos bendice al concedernos los deseos de nuestro corazón, y otras veces lo hace con el consuelo y la fortaleza necesarios para sobrellevar la carga de aquellos deseos incumplidos o hechos añicos.

Hallamos Su amor en todas las cosas

He tenido ocasiones de sentir el amor que Dios tiene por mí. He orado

pidiendo bendiciones específicas y Él me las ha concedido. Siento Su amor en “las misericordias y los milagros” (“Bless Our Fast, We Pray”, *Hymns* N° 138), en los alumbramientos y en los bautismos, en la salud y en la curación, en las mañanas y en las montañas, en las amistades y en el amor de la familia, en Su tiempo y en los templos.

Por otra parte, también he sido sostenida en mis adversidades. Algunas cargas me agobian a pesar de mi deseo de que pase de mí esa copa (véase Lucas 22:42). De hecho, es mediante esas experiencias difíciles que siento una mayor dependencia del Señor y un mayor derramamiento de Su amor. Me siento más cercana a Él; sé que Él me sostiene, me consuela y me da el valor para seguir adelante. Sé, como Pablo enseñó a los romanos, que nada, no importa lo duro que sea, puede separarme del amor de Dios:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?

“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:35, 38–39).

No se podía separar a Jocelyn ni a Ashley del amor de Dios aun cuando uno de sus progenitores fue preservado y el otro no. Ambas reconocen Su amor en todas las experiencias, tanto las que producen dicha como las que resultan en aflicción. Deseo que todas las jóvenes del mundo, sean cuales fueren sus circunstancias, puedan, así como Jocelyn y Ashley, testificar con convicción: “Somos hijas de un Padre Celestial que nos ama”. ■



NOTICIAS DE HOLANDA

De camino a Jerusalén en 1841, el élder Orson Hyde, del Quórum de los Doce Apóstoles (arriba), pasó más de una semana en Róterdam enseñando el Evangelio, aunque no se asignaron misioneros Santos de los Últimos Días a Holanda sino hasta 20 años más tarde. Los primeros conversos de Holanda se bautizaron el 1 de octubre de 1861, cerca de un pueblo llamado Broek bij Akkerwoude.

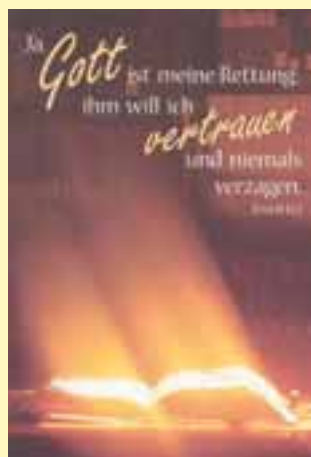
Actualmente hay tres estacas y cerca de 7.800 miembros en Holanda, y el Templo de La Haya, Holanda, se dedicó el 8 de septiembre de 2002.



EL DESAFÍO DEL LIBRO DE MORMÓN

Cuando los alumnos de una clase de instituto de Kreuzlingen, Suiza (arriba), empezaron a estudiar el Libro de Mormón, sintieron un gran espíritu de paz en sus vidas y decidieron compartirlo con los miembros de su rama. Los alumnos expresaron sus testimonios del Libro de Mormón durante una reunión sacramental, y empleando Isaías 12:2 como tema (derecha), animaron a los miembros de la rama a leer un capítulo diario durante un mes.

Aun después de concluido el mes del desafío, los miembros de la rama continuaron con su hábito de lectura, al cual acompañó el mismo espíritu de paz que sintieron los alumnos de



instituto. Arletta Riesen explica: “En nuestra rama hay ahora un espíritu muy fuerte. Cada uno de los miembros está más dispuesto a hacer lo que desea el Señor y podemos percibir el amor que tenemos los unos por los otros; es el mismo amor que tiene Jesucristo por cada uno”.

SUCEDIÓ EN OCTUBRE

Los siguientes son algunos acontecimientos importantes acaecidos en la historia de la Iglesia durante el mes de octubre.

5 de octubre de 1833: El profeta José Smith viaja de Kirtland, Ohio, a Canadá, donde predica y bautiza a 16 personas.



6 de octubre de 1867: Comienza la primera conferencia general en el recién terminado Tabernáculo de la Manzana del Templo. El edificio se dedica el 9 de octubre de 1875.



8 de octubre de 2000: El presidente Gordon B. Hinckley dedica el nuevo Centro de Conferencias, con aforo para 21.000 personas, ubicado aproximadamente a una cuadra al norte del Tabernáculo.

Cómo utilizar la revista *Liahona* de octubre de 2003

Ideas para la noche de hogar

- “Todo tiene su tiempo...”, página 10: El élder Dallin H. Oaks enseña que no sólo debemos hacer lo correcto, sino hacerlo en el momento oportuno. Pida ejemplos de las Escrituras o de la vida de los integrantes de la familia que ilustren lo que puede suceder si las personas prestan atención (o no) al tiempo del Señor.

- “Somos hijas de un Padre Celestial que nos ama”, página 42: Comenten las preguntas que formula Susan W. Tanner: ¿Y si nuestro Padre Celestial no responde a nuestras oraciones como esperamos que lo haga? ¿Cómo podemos saber que Él nos ama? Cuente el relato de la sobrina de la hermana Tanner, Ashley, o el de Abinadí u otro relato semejante.

- “La pequeña locomotora que sí pudo”, página A2: Pregunte a los niños de su familia si conocen el relato “La pequeña locomotora que sí pudo” según lo contó el presidente James E. Faust. Pida a uno de ellos que lo resuma y hablen de las actitudes de los tres trenes. Pida ejemplos específicos de cómo los niños pueden ser como la pequeña locomotora azul.

Temas de este ejemplar

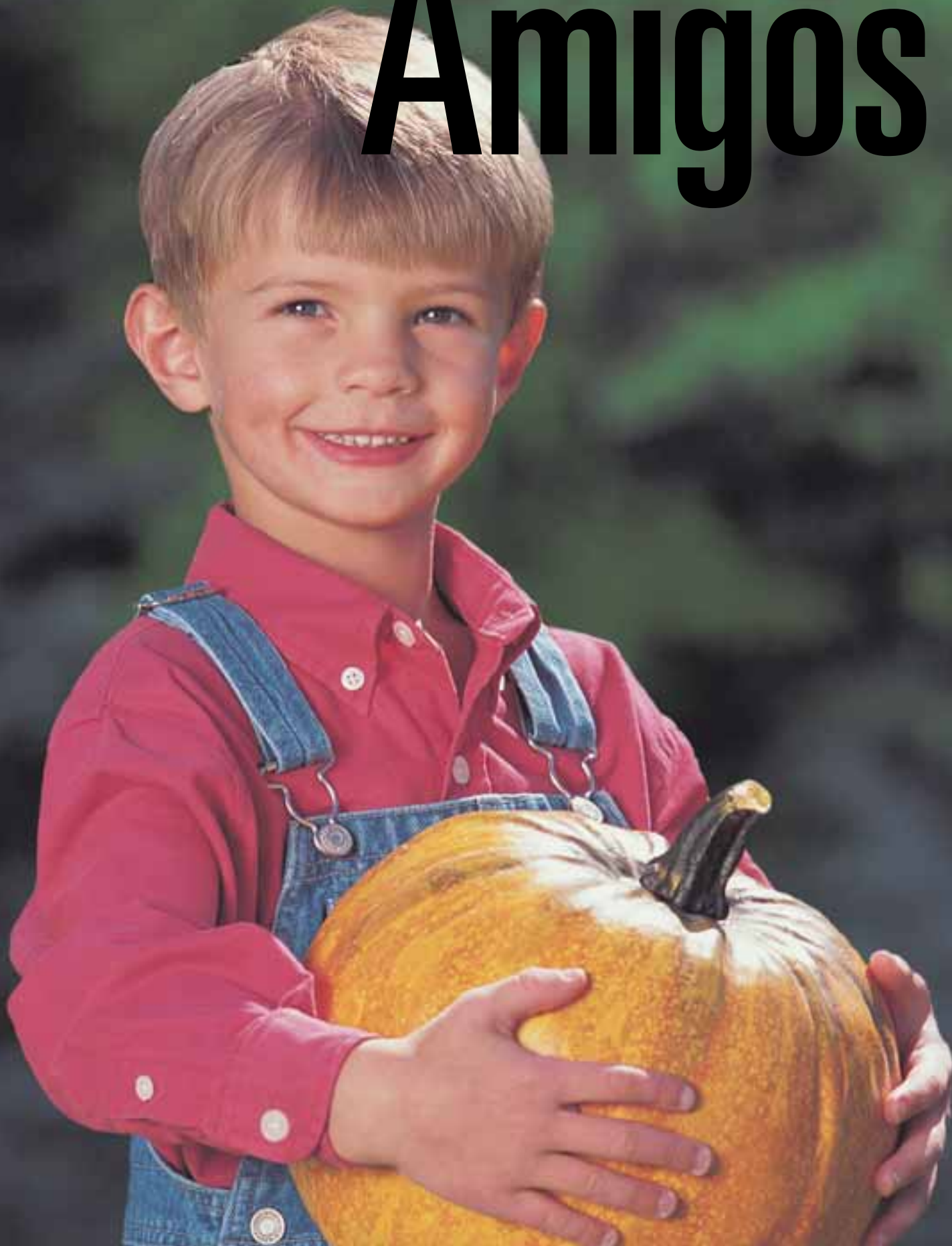
A=Amigos	
Adversidad	6, 42
Amor	42
Caridad	25
Conversión	2, 18, 30, 38, A8
Curación	A8
Ejemplo	A6
Enseñanza	48
Espíritu Santo	38, A11
Fe	10, 26
Gracia	26
Historia de la Iglesia	47
Iglesia mundial	A12
Jesucristo	26, A6
Libro de Mormón	18, 30, 47
Liderazgo	47, 48
Luz de Cristo	A6
Matrimonio	10, 32
Música	38, A12
Noche de hogar	48
Nuevo Testamento	26, A8, A11
Obediencia	6, A11
Obra misional	2, 6, 18, 38
Orgullo	25
Paciencia	10
Parábolas	26
Persistencia	A2
Preparación	22, 25
Profetas	A14
Relaciones familiares	18, 32, 38
Retención	2
Sacerdocio	22
Servicio	A2
Templos y la obra del templo	A4
Testimonio	A14
Tiempo	10

FOTOGRAFÍA POR KELLY LARSEN,
TOMADA CON MODELOS.

La lección que mejor recuerdo

¿Recuerdan ustedes una lección o una conversación sobre el Evangelio que fuera particularmente significativa o agradable y que bendijera su vida o la de otra persona? Tengan a bien enviarnos un relato de la lección que mejor recuerden a Teaching, *Liabona*, Room 2420, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-3220, E.U.A.; o por correo electrónico a **cur-liahona-imag@ldschurch.org**. Sírvanse incluir su nombre, dirección, número de teléfono y barrio y estaca (o rama y distrito).

Amigos



VEN Y ESCUCHA LA
VOZ DE UN PROFETA

La pequeña locomo ora que sí pudo



POR EL PRESIDENTE JAMES E. FAUST
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Oí por primera vez la maravillosa historia de “La pequeña locomotora que sí pudo” cuando tenía unos diez años de edad. De niño me fascinaba este relato porque los vagones del tren estaban llenos de animales, de payasos de juguete, de cortaplumas, de rompecabezas, de libros y de cosas deliciosas para comer. Sin embargo, la máquina que tiraba del tren se estropeó al comenzar a subir la montaña. El cuento dice que llegó una locomotora grande de un tren de pasajeros y que, cuando se le pidió que tirara de los vagones para pasar la montaña, se negó porque no quería rebajarse y tirar de un tren pequeño. Pasó otra locomotora, pero tampoco quiso rebajarse a ayudar al pequeño tren porque era una locomotora de carga. Se acercó una locomotora vieja, pero no quiso ayudar porque, dijo: “Estoy muy cansada... No puedo. No puedo. No puedo”.

Entonces, una pequeña locomotora azul pasó por la vía y también se le pidió que tirara de los vagones hasta el otro lado de la montaña, donde se encontraban los niños. La pequeña locomotora respondió: “No soy muy grande... y sólo me utilizan para cambiar los vagones de la estación. Nunca he pasado la montaña”. Pero le preocupaba que los niños que se encontraban al otro lado se desilusionaran al no recibir las cosas hermosas que había en los vagones; por lo que dijo: “Creo que puedo.



El presidente James E. Faust emplea un relato favorito infantil para enseñarnos lo dispuestos que debemos estar para servir al Señor.

Creo que puedo. Creo que puedo”. Y se enganchó al pequeño tren. “Piiiiiii. Chucu, chucu, hizo la Pequeña Locomotora Azul. ‘Creo que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo’ ”. Con esa actitud, la pequeña locomotora llegó a la cima de la montaña y comenzó a descender hacia el otro lado diciendo: “Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía”¹.

En ocasiones se nos llama para que nos esforcemos y hagamos más de lo que pensamos que podemos hacer. Al igual que “La pequeña locomotora que sí pudo”, de-

bemos permanecer en la vía correcta y cultivar nuestros talentos. Para permanecer en la vía correcta, debemos honrar y sostener a [nuestros líderes del sacerdocio].

Espero que no seamos como la gran locomotora del tren de pasajeros, demasiado orgullosos para aceptar las asignaciones que se nos den. También espero que no seamos como la locomotora de carga, que no estaba dispuesta a hacer “la milla extra”, que es el servir.

Espero que todos seamos como “La pequeña locomotora que sí pudo”. No era muy grande, sólo se había utilizado para cambiar los vagones y nunca había pasado una montaña, pero estuvo dispuesta. Esa pequeña locomotora se enganchó al tren que había quedado detenido, subió hasta la cima de la montaña jadeando y la bajó dando resoplidos y diciendo: “Sabía que podía”. Cada uno de nosotros debe subir montañas que nunca ha escalado antes. ●

Adaptado de un discurso de la conferencia general de octubre de 2002.

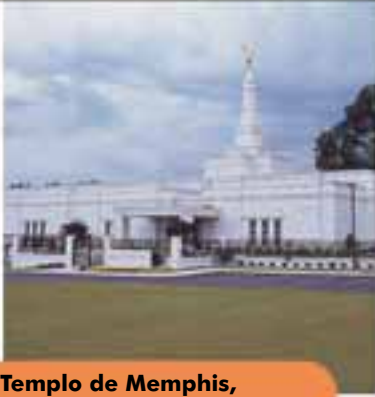
NOTA

1. “La pequeña locomotora que sí pudo”, renarración por Watty Piper, de Mabel C. Bragg, *The Pony Engine*, 1930.

FOTOGRAFÍA POR DON BUSATH;
ILUSTRACIÓN POR MARK THOMPSON.

Tarjetas de los templos

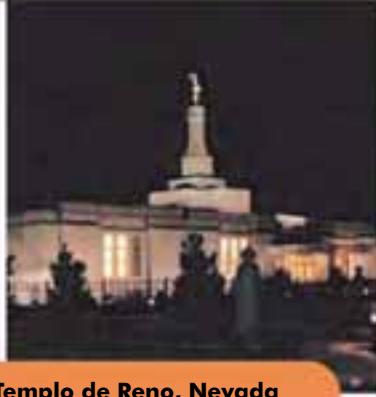
Durante 2003, en cada ejemplar de la sección *Amigos* se incluirán tarjetas de los templos. Retira las tarjetas de los templos de la revista, pégalas sobre una cartulina



FOTOGRAFÍA POR RICK FISHER

Templo de Memphis, Tennessee

Dedicado el 23 de abril de 2000 por el presidente James E. Faust



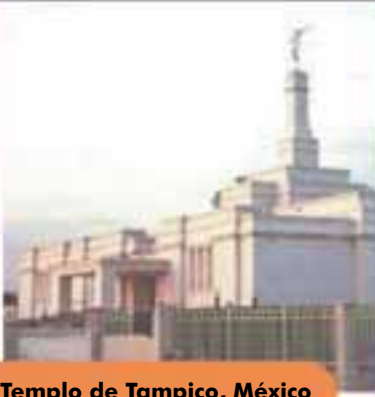
Templo de Reno, Nevada

Dedicado el 23 de abril de 2000 por el presidente Thomas S. Monson



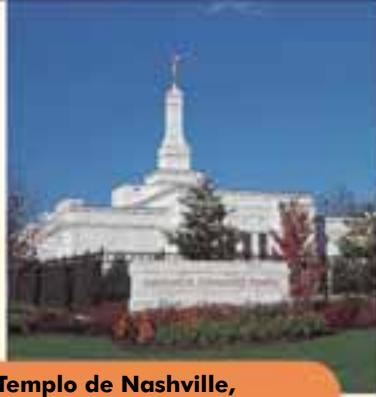
Templo de Cochabamba, Bolivia

Dedicado el 30 de abril de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley



Templo de Tampico, México

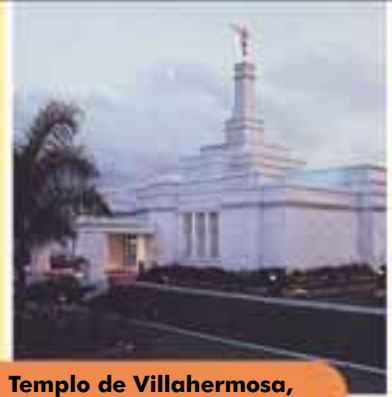
Dedicado el 20 de mayo de 2000 por el presidente Thomas S. Monson



Templo de Nashville, Tennessee

Dedicado el 21 de mayo de 2000 por el presidente James E. Faust

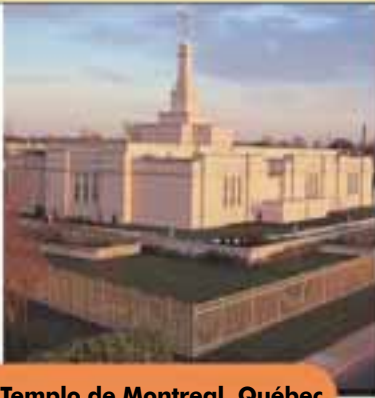
FOTOGRAFÍA POR ROSE MASON



Templo de Villahermosa, México

Dedicado el 21 de mayo de 2000 por el presidente Thomas S. Monson

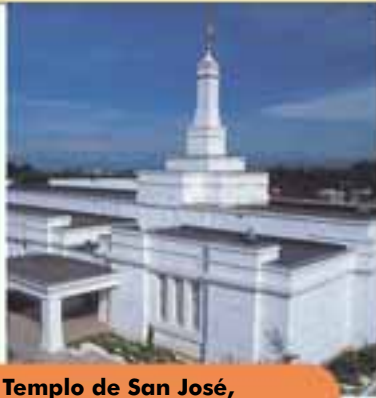
FOTOGRAFÍA POR HERVILA CARRILLO



FOTOGRAFÍA POR YVAN DUBE

Templo de Montreal, Québec

Dedicado el 4 de junio de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley



FOTOGRAFÍA POR S.A. FOTOGRAFANTE

Templo de San José, Costa Rica

Dedicado el 4 de junio de 2000 por el presidente James E. Faust



Templo de Fukuoka, Japón

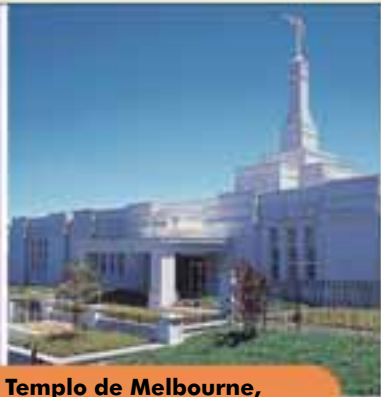
Dedicado el 11 de junio de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley

gruesa y recórtalas. Colecciona las tarjetas para acordarte de la importancia de los templos.



Templo de Adelaida, Australia

Dedicado el 15 de junio de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley



Templo de Melbourne, Australia

Dedicado el 16 de junio de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley

FOTOGRAFÍA POR MICHAEL MILNER



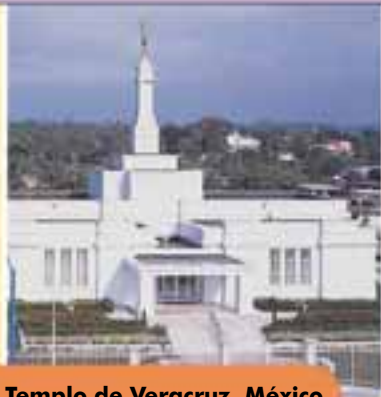
Templo de Suva, Fiji

Dedicado el 18 de junio de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley



Templo de Mérida, México

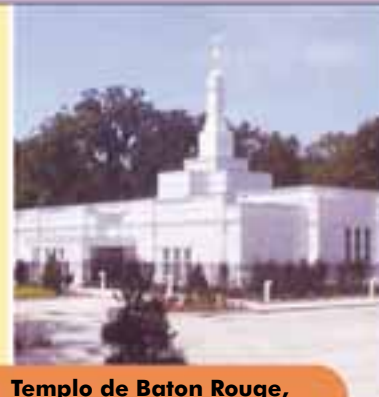
Dedicado el 8 de julio de 2000 por el presidente Thomas S. Monson



Templo de Veracruz, México

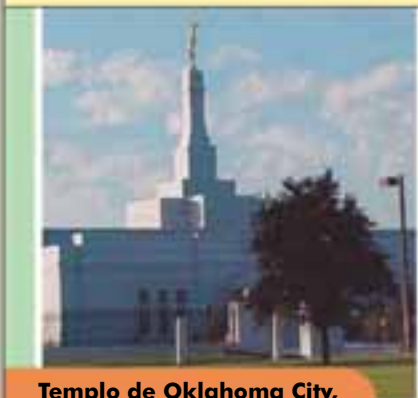
Dedicado el 9 de julio de 2000 por el presidente Thomas S. Monson

FOTOGRAFÍA POR JOSE MANUEL GONZALES



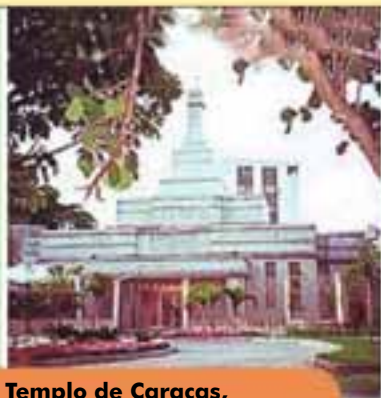
Templo de Baton Rouge, Luisiana

Dedicado el 16 de julio de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley



Templo de Oklahoma City, Oklahoma

Dedicado el 30 de julio de 2000 por el presidente James E. Faust



Templo de Caracas, Venezuela

Dedicado el 20 de agosto de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley

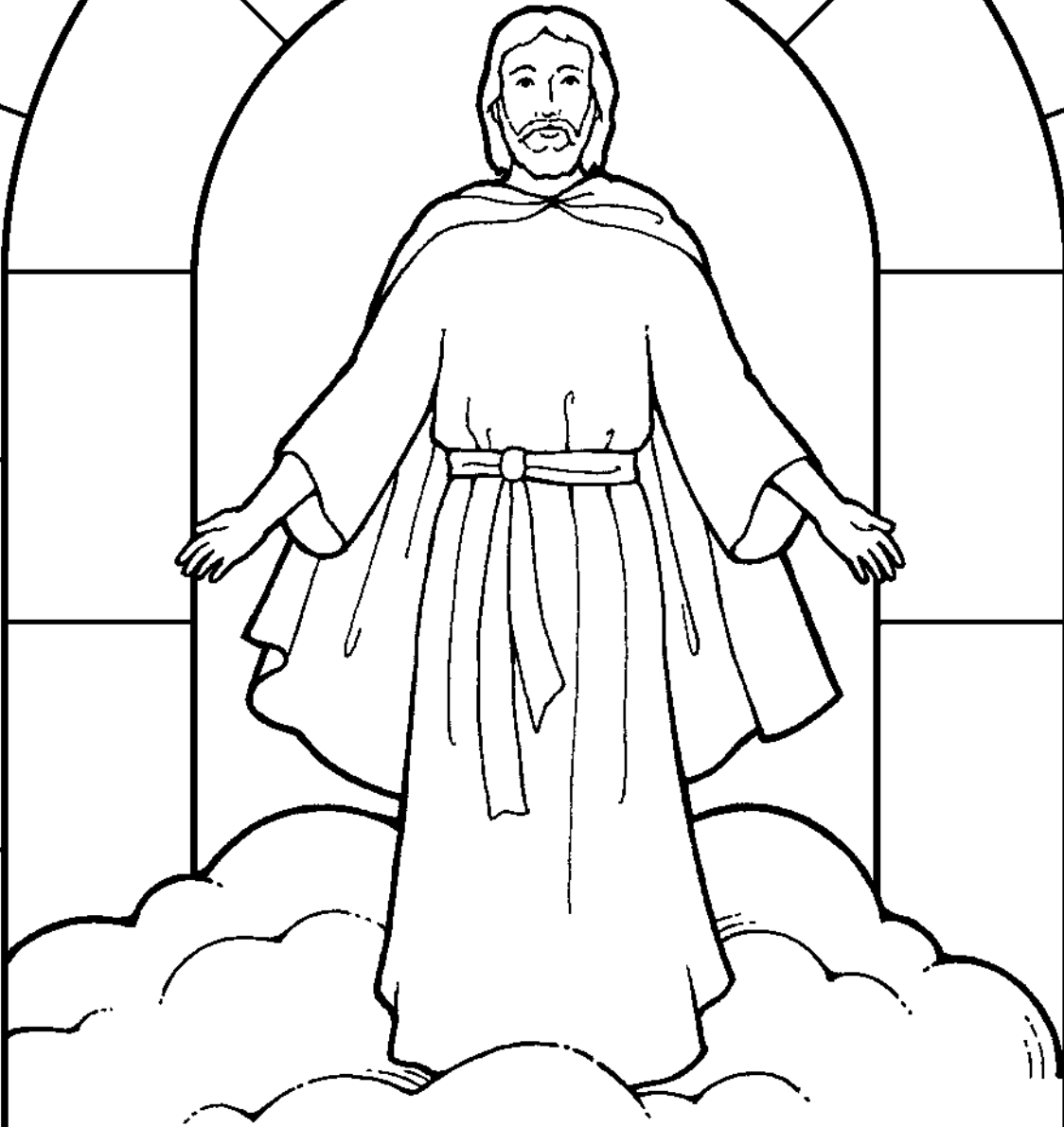


Templo de Houston, Texas

Dedicado el 26 de agosto de 2000 por el presidente Gordon B. Hinckley

FOTOGRAFÍA POR MATTHEW REIER

YO SOY LA LUZ DEL MUNDO.



JUAN 8:12

La Luz de Cristo

POR VICKI F. MATSUMORI

“...Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).



¿Qué produce la luz? Una vela, una linterna, una bombilla, las estrellas. ¿Cuál es nuestra mayor fuente de luz? No, no es el sol. Es Jesucristo. Él dijo: “...Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12).

Esa luz se da “a todo hombre... para que sepa discernir el bien del mal” (Moroni 7:16). Cada uno de nosotros tiene la Luz de Cristo para ayudarnos a escoger lo correcto.

El élder Robert D. Hales, del Quórum de los Doce Apóstoles, nos recuerda cómo podemos tener luz espiritual: “Cuando era joven, acostumbraba regresar a casa de noche en bicicleta después de mi entrenamiento de básquetbol. Conectaba una pequeña dinamo en forma de pera al neumático de la bicicleta y mientras pedaleaba, y la rueda daba vueltas, hacía funcionar el rotor que producía... una simple y bienvenida luz... Rápidamente aprendí que si dejaba de pedalear mi bicicleta, la luz se apagaba. También aprendí que cuando estaba ‘anhelosamente consagrado’ a pedalear, la luz se ponía más brillante y la oscuridad enfrente de mí [se desvanecía]”.

El élder Hales explica que la “luz espiritual es el resultado de pedalear espiritualmente a diario. Es el resultado de orar, de estudiar las Escrituras, de ayunar y servir, de vivir el Evangelio y de obedecer los mandamientos” (“De la oscuridad a Su luz maravillosa”, *Liabona*, junio de 2002, pág. 78).

Cuando vivimos el Evangelio y guardamos los mandamientos, siempre tenemos la Luz de Cristo con nosotros.

Lámina de una vidriera de colores

Calca la lámina de la página 6 sobre una hoja de papel en blanco y coloréala. Con una brocha, da a la

lámina una mano ligera de aceite vegetal y después sécala con una toalla. El élder Dieter F. Uchtdorf, de los Setenta, dijo que durante su niñez, su capilla tenía “una vidriera de colores que representaba a José Smith en la Arboleda Sagrada, y cuando los rayos de sol la iluminaban, el relato adquiría vida ante mis ojos y sentía que todo lo que había aprendido en la Primaria acerca de la Primera Visión era verdad” (*Liabona*, abril de 1999, pág. A3). Coloca la lámina en una ventana para acordarte de la luz que el Salvador trae a tu vida.

Ideas para el Tiempo para compartir

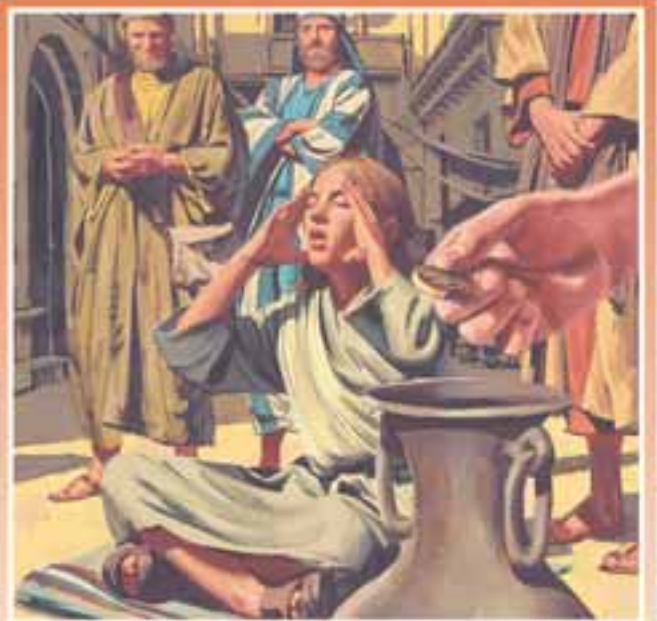
1. *Divida los niños en grupos y asigne a cada uno leer, ilustrar y compartir algo que Jesús hizo o enseñó, como alimentar a la multitud (Mateo 15:32–28); tener compasión (Mateo 14:14); honrar a Su madre (Juan 19:26–27); orar (Mateo 6:9–13); o bautizarse (Mateo 3:13–17).*

Explique a los niños que ellos pueden ayudar a otras personas al ser amables, al contribuir al fondo de ofrendas de ayuno, al obedecer a sus padres y al seguir al Salvador.

Trace una línea en la pizarra y sobre ella escriba: “Disgustado”, “Algo complacido” y “Bien complacido”. Pida a los niños que lean Mateo 3:16–17 en voz alta; sitúe una lámina de Jesús sobre las palabras “Bien complacido” y pregunte: “¿En qué lugar de la línea estaría el mundo?”. Permita a los niños que piensen en qué parte de la línea se pondrían ellos mismos y dónde desearían estar. Canten canciones o himnos sobre el Salvador.

2. *En tiras de papel en forma de vela escriba situaciones como: “Encuentras un cigarrillo y tú y tus amigos deciden probarlo” y “Tu madre está preparando la cena y decides ayudarla”. Coloque en la pared unas láminas grandes de una colina y un almud. Pida a los niños que lean Mateo 5:14–16 y que comenten qué significa que su luz “alumbre... delante de los hombres”. Haga que se turnen para tomar una vela y pídale que decidan si colocarían la situación que les haya tocado en la colina o bajo el almud. Canten canciones o himnos sobre el hacer lo justo. ●*

PABLO Y SILAS EN PRISIÓN



ILUSTRACIONES POR PAUL MANN

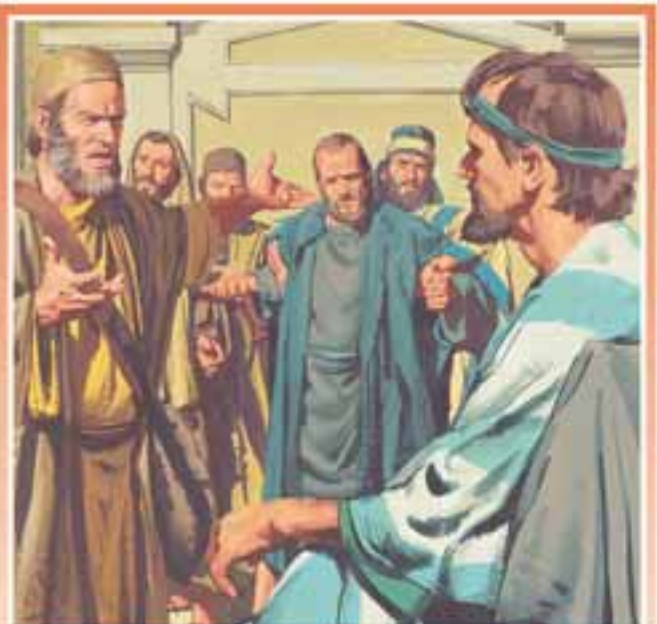
Una muchacha tenía un espíritu inmundo y como a la gente le gustaba oírlo, pagaba a los hombres que la acompañaban para oír lo que decía.

Hechos 16:16



Pablo y su amigo Silas estaban enseñando el Evangelio y la muchacha les seguía. Pablo mandó al espíritu inmundo que la dejara y los hombres se enojaron. Ahora el espíritu malo se había ido y ya no podían ganar más dinero.

Hechos 16:17-19



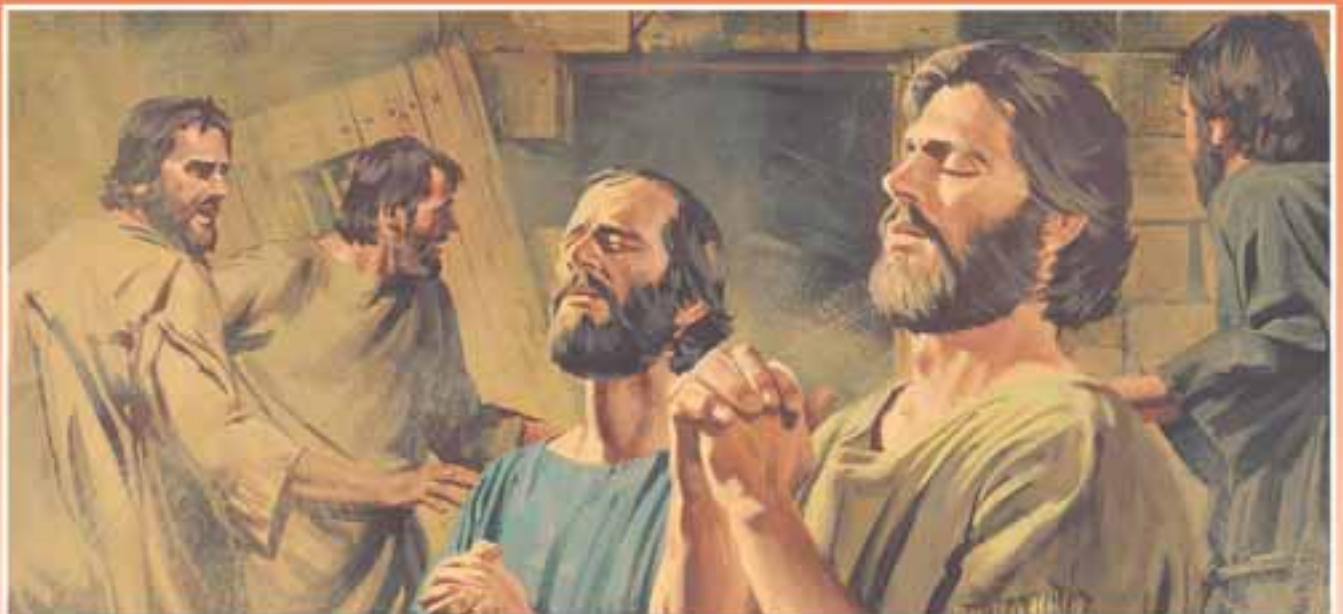
Los hombres llevaron a Pablo y a Silas ante los líderes de la ciudad y los acusaron diciendo que estaban causando problemas. Los líderes creyeron a esos hombres.

Hechos 16:19-22



La gente estaba furiosa; azotaron a Pablo y a Silas y los encerraron en una prisión.

Hechos 16:22-24



Aquella noche Pablo y Silas oraron y cantaron himnos a nuestro Padre Celestial. Todos los de la prisión los oyeron. De repente, el suelo empezó a temblar, la prisión se estremeció y las puertas se abrieron.

Hechos 16:25-26



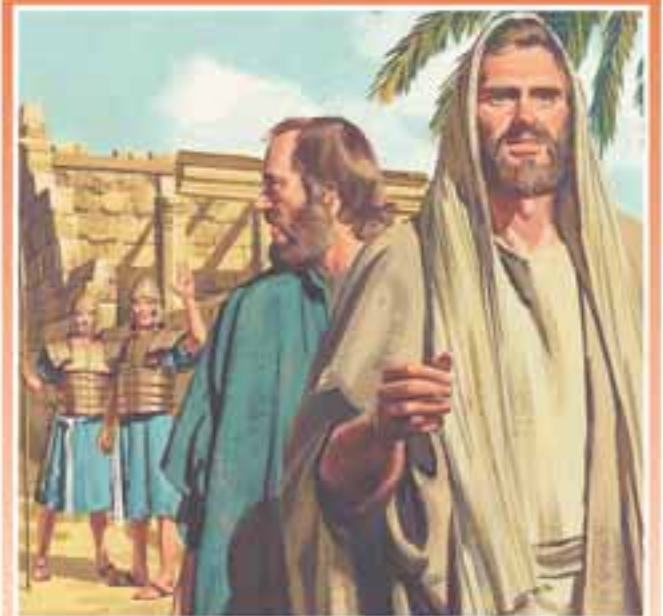
El carcelero despertó, vio las puertas abiertas y pensó que los prisioneros habían escapado. Pablo le dijo que todos los prisioneros estaban allí, y sabiendo que Dios había hecho estremecer el suelo y que se abrieran las puertas, se arrodilló ante Pablo y Silas y preguntó cómo podía ser salvo.

Hechos 16:27-30



Pablo y Silas enseñaron el Evangelio al carcelero, salieron de la prisión y lo bautizaron, y también a su familia.

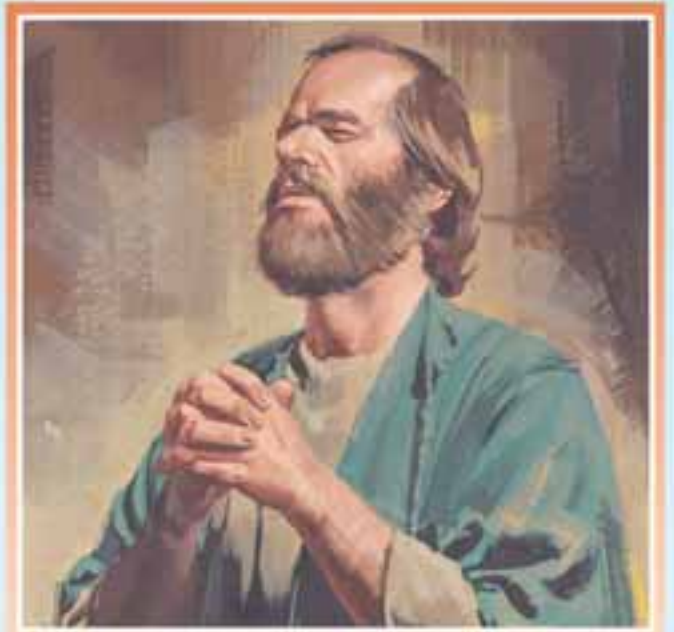
Hechos 16:31-33



Pablo y Silas regresaron a la prisión y, al día siguiente, los líderes los dejaron en libertad y ellos se fueron a otra ciudad para continuar con la obra misional.

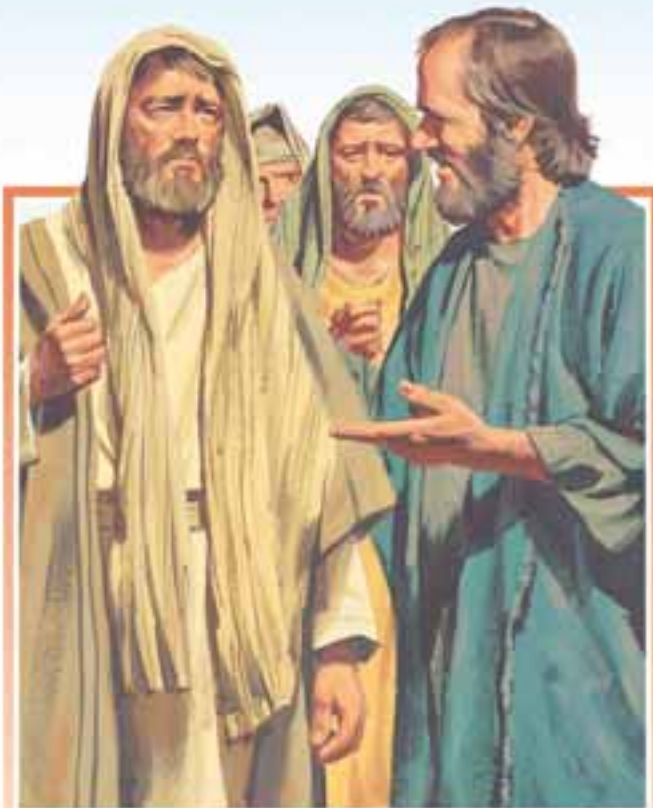
Hechos 16:34-40

PABLO OBEDECE AL ESPÍRITU SANTO



El Espíritu Santo dijo al apóstol Pablo que se dirigiera a Jerusalén, donde sería encarcelado y personas malvadas le herirían. Pablo no tuvo miedo; él amaba al Salvador y tenía una obra misional que hacer, por lo que escogió ir a Jerusalén.

Hechos 20:22–24; 21:1–15



Pablo se despidió de sus amigos y les dijo que jamás volvería a verles. Les dijo que recordaran el Evangelio y que obedecieran los mandamientos de Dios. Les mandó que no hicieran caso de la gente malvada que intentaría enseñarles cosas malas.

Hechos 20:25, 28–32



También les mandó amarse unos a otros y cuidarse mutuamente. Se arrodilló y oró con ellos. Todos lloraron, abrazaron y besaron a Pablo y lo acompañaron al barco cuando partió para Jerusalén.

Hechos 20:35–38



De la ma

Con entusiasmo ♩ = 108-120

1. Con fe - li - ci - dad los ni - ños can - tan hoy _ en el mun - do es - ta sin - gu -
 2. La pa - la - bra com - par - ti - mos por do - quier _ pa - ra que la o - bra si - ga

mf

5 2

1 3 2

lar can - ción: _ Soy un ni - ño lle - no de la luz de Dios pues lo
 con te - són; _ en nues - tra ni - ñez ser - vi - mos al Se - ñor de - di -

4 3 1 2 1

2 1

jus - to con fe ha - go yo. En ca - da na - ción e - jem - plo
 can - do nues - tro co - ra - zón. Un con - ve - nio hi - ce an - tes

3 5 2

2 1

da - mos fiel _ de guar - dar los man - da - mien - tos del Se - ñor; _ co - mo
 de ve - nir _ de que mi e - jem - plo pu - die - ra ser - vir _ a los

5

no y desde toda nación

los dos mil hi - jos de He - la - mán, te - ne - mos fe en el Sal - va -
ni - ños que se fi - jen bien en mí y de - se - en a Cris - to se -

Con convicción
dor. De la ma - no y des - de to - da na - ción des - ple -
guir. *f*

ga - mos la ban - de - ra del Se - ñor; y se - gui - mos Su luz fie - les

a la ver - dad, cons - tru - yen - do el rei - no de Dios.

Letra y música: Janice Kapp Perry, n. 1938. © 2001 por Janice Kapp Perry.
Todos los derechos reservados. Se pueden realizar copias de esta canción para
usarlas en la Iglesia o en el hogar, siempre que no sea con fines de lucro.

Quiero ver al profeta

POR SARA V. OLDS

Basada en un hecho real

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7).

Cuando Sally tenía más o menos ocho años, vivía en Salt Lake City. Por ese entonces el presidente David O. McKay (1873–1970) era el profeta. Sally había oído muchos relatos de personas que habían tenido la oportunidad de verlo, ya que después de la conferencia general siempre salía del Tabernáculo por una puerta trasera y se subía a un gran automóvil. Un grupo numeroso de personas aguardaba para verlo con la esperanza de estrecharle la mano y saludarlo; querían verlo en persona en vez de por

televisión. Sally creía que tenía que ser algo magnífico ver al profeta.

Así que decidió preguntar a sus padres si la podrían llevar a la Manzana del Templo durante la conferencia general, pero no les dijo que deseaba esperar con las demás personas y tal vez tener la oportunidad de conversar con el presidente McKay. Ése era su especial secreto.

Era un día hermoso; no hacía ni demasiado calor ni demasiado frío. Sally y su familia llegaron a la Manzana del Templo durante la sesión de la tarde y escucharon la conferencia en los alrededores del Tabernáculo. Unos enormes parlantes (altavoces) llevaban la señal de la reunión a todos los que estaban fuera, ya que cada banco y cada asiento del Tabernáculo estaba ocupado.

Al pasar Sally por las puertas abiertas, pudo ver brevemente al Coro del Tabernáculo y a las Autoridades Generales. Su corazoncito dio un brinco al pensar: “¡Hoy es el día! ¡Hoy es el día! ¡Voy a saludar al presidente McKay!”.

Vio que algunas personas empezaban a congregarse en la parte trasera del Tabernáculo y, después de recibir permiso de sus padres, se unió a ellas y se abrió camino hasta el frente. No era muy alta, así que si no se ponía al frente, ¿cómo iba a ver al profeta?

Al final, con un empujón aquí y otro allá, alcanzó el frente del grupo de personas, donde unas cuerdas bloqueaban el camino entre el Tabernáculo y la calle. Allí, tal como había oído, esperaba el auto grande y brillante.

“No hay que esperar mucho más”, pensó. Ya podía oír que empezaban a entonar el último himno. “¡Canten





más rápido, más rápido!”, decía en silencio. Luego de la última oración, el organista empezó a tocar el poderoso órgano del Tabernáculo una vez más. ¡Ya casi era el momento!

La multitud se apiñó un poco más contra las cuerdas.



La gente empezó a salir del edificio y, con la esperanza también de ver al profeta, un gran número de ellos se sumaba a los que ya estaban esperando.

El auto grande arrancó y avanzó un poco mientras se abría una gran puerta en la parte posterior del edificio.

Pero para desesperación de Sally, ahora que el auto se había movido, no podía ver nada que no fuese el vehículo! Podía ver la cabeza de algunos hombres; pero el presidente McKay no estaba bien y, aunque era un hombre alto, ahora andaba en silla de ruedas. Sally no podía verlo en absoluto, ni siquiera ver las llantas de la silla de ruedas. ¿Cómo se suponía que iba a ver al profeta, y mucho menos *saludarlo* personalmente, si no podía ver nada?

Quería escabullirse por debajo de la cuerda y correr hacia el auto, subirse al vehículo y estrecharle la mano, decirle hola... *algo*.

Pero todo sucedió muy deprisa. La puerta se cerró de

golpe y el auto avanzó lentamente hacia la calle. Había terminado; se había ido.

Sally no lo podía creer. ¡Sus sueños! ¡Sus planes!

El gentío se dispersó dejándola a ella sola, mirando fijamente las cuerdas que ahora estaban en el suelo después de la partida del presidente McKay.

Fue entonces que un apacible susurro penetró en su mente: “Pero, ¿por qué quieres saludarlo?”

“Para verlo y saber por mí misma que es un profeta”, dijo casi en voz alta mientras sentía el ardor de las lágrimas.

De repente, sintió algo cálido en su corazón. Se trataba de una reprimenda dulce y amorosa: “No tienes que verlo para saber. Todo lo que tienes que hacer es preguntar”.

¿Preguntar?

¡Eran tan fácil, tan sencillo! Antes de que siquiera pudiera decir una oración en su corazón, una calidez increíble la invadió de la cabeza a los pies. Ahora sabía. El hombre del auto, el que había permanecido tan tranquilo durante la conferencia, de apariencia tan frágil, el hombre que a ella le parecía que debía haber vivido para siempre, era sin ninguna duda

un profeta del Señor. No hacía falta verlo ni estrecharle la mano; no había necesidad de que él estrechara la mano de ella ni le hablara. Ella ya lo sabía.

Ahora entendió que, por el resto de su vida, siempre podría averiguar que el hombre que fuera profeta y Presidente de la Iglesia era llamado de Dios. Lo único que tendría que hacer era preguntar. ●



“Dios enseña a Sus hijos e hijas por el poder de Su Espíritu, el cual ilumina sus mentes y les da paz en cuanto a las preguntas que le han hecho”.

Elder Dallin H. Oaks, del Quórum de los Doce Apóstoles, “La enseñanza y el aprendizaje por medio del Espíritu”, *Liahona*, mayo de 1999, pág. 22.



Enséñenles para que entiendan, por Walter Rane

Se amonesta a los padres que enseñen a sus hijos (véase D. y C. 68:25). Aquí vemos a un padre que ayuda a su hijo con las tareas escolares; además de esa ayuda, es evidente que el niño recibe también alimento físico y espiritual.



“Al fin y al cabo, si se es capaz de vivir con una buena mujer durante toda la vida y ver a los hijos madurar y convertirse en personas felices y capaces que se esfuerzan por mejorar el mundo que les rodea, entonces uno puede considerar que su vida ha sido un éxito”, explica el presidente Gordon B. Hinckley al reflexionar en sus 66 años de matrimonio y de vida familiar. “No se trata de cuántos automóviles se tenga, ni de lo grande que sea su casa, ni de nada por el estilo. Lo importante es la clase de vida que se haya llevado”. Véase “En casa con el matrimonio Hinckley”, página 32.